

El RANCHO *de* HIELO



EA

ERINA ALCALÁ

EL RANCHO DE HIELO

(Erina Alcalá)

**Me hice a mí misma
a mi propia imagen y semejanza.
(EA)**

CAPÍTULO I

En el año 2000, con catorce años, llegó al aeropuerto de Nueva York una niña triste y llorosa llamada Isabel Hernández. Venía de Málaga, donde había vivido esos años con sus padres, hasta que éstos, mientras ella estaba en el instituto, tuvieron un accidente de coche y se quedó completamente sola.

No tenía hermanos ni abuelos, salvo un tío en Montana. Era abogado, casado con una mujer americana llamada Emily a la que ella no conocía, ni a su tío apenas. Su tío David, era hermano de su padre. Tenía tres hijos, sus primos: Ross, Matt y Peter.

Llevaba apenas una maleta llena de melancolía. Nada más. Sus padres no tenían casa, vivían de alquiler y no tenían dinero salvo para enterrarse, solo amor, y el pasaje se lo envió su tío, con algunos dólares para el viaje, en contra de su tía Emily que no la quería en casa. Era una boca más que alimentar.

-Emily, tiene 14 años y es la única sobrina que tengo. Vivirá con nosotros.

-Yo no estoy dispuesta a pagarle la universidad y el instituto al que van los chicos, sino al estatal.

-Está bien, pero al menos ten un poco de piedad, ha perdido a sus padres.

-No esperes de mí un trato preferencial.

Su tío David, sabía que se había casado con la mujer equivocada y también que se divorciaría de ella en cuanto los chicos volvieran de la universidad. Al menos pasaría sus últimos años en paz. De momento tenía que aguantarla.

En el aeropuerto, la vio salir chiquita, morena, con esas pecas en la cara como su madre. El pelo largo y los ojos grandes de largas pestañas y verdes. Era muy bonita.

La abrazó y consoló y comieron en el aeropuerto, le facturó la maleta hasta Helena. Y allí volaron.

Isabel hablaba poco, sonreía poco y no lloraba nada. Su tío le dijo que dormiría en la misma habitación que su prima Rose, que ya le tenía preparado la adopción para que fuese su hija y poder quedarse allí con ellos. Que estaría bien e iría al instituto estatal al que ya la tenían apuntada y estaba cerca de casa.

-¿Sabes inglés?

-No -Y movió la cabeza.

-Eso es un problema, pero aprenderás rápido, ya verás.

Cuando llegaron a Helena, recogieron la maleta y el tío y ella se dirigieron al parquin a por el coche.

Su tío vivía en una zona residencial de Helena, preciosa y cara, porque tenían un cierto nivel

económico.

Cuando llegó, su tía, le dio un beso como quien se lo da a una estatua. Ella era una estatua. dijo que de dormir con su hija Rose, nada, y le había preparado en el altillo de la tercera planta un dormitorio.

El altillo era bajito, pero ella lo prefería así. Una cama con mesita de noche, un armario una mesa y una silla pegada a la ventana para estudiar. Un pequeño baño con ducha y estantes para toallas. Le había puesto gel, champú, colonia de baño, un cepillo para el pelo y algunas cosas. Cepillo de dientes, crema... Había otra puerta que era donde tenían trastes inservibles, pero a ella eso no le importaba. Mejor así, sola.

Oyó a su tío discutir con ella, pero Isabel no pensaba meterse en nada. Donde la pusieran debía dar las gracias. Por como fue el trato al llegar, supo que solo contaba con su tío. Así que cuanto menos hablase mejor, más obedeciese, menos problemas.

Se dio una ducha y bajó a comer. Nadie le dio el pésame. Nadie le preguntó nada.

Solo habló su tía.

-Es viernes. Tienes para dormir hasta el lunes. Te despiertas a las ocho y a las nueve instituto hasta las tres. Lysa, la mujer que tenemos para la casa, te hará un bocadillo y un zumo. Nada de pagar clases extras ni elegir nada del instituto. Puedes llevar tu ropa, es estatal. En la mesa tienes todos los libros libretas estuches una mochila y carpetas. Todo lo necesario y un documento de inscripción que darás en la dirección cuando llegues para que te den las aulas donde debes ir.

-Gracias tía- dijo Isa.

-Cuando acabes ve y duerme. Estarás cansada.

-Gracias.

Y cuando tomó el postre se retiró, dando las buenas noches.

-Buenas noches, cariño- que descanses- le dijo su tío y Emily lo miro con cara de desaire. Ya estaba acostumbrado a ella.

Así, empezó Isabel con catorce años su nueva vida lejos de Málaga. Le costó aprender el idioma, aguantar a su tía, pero intentaba no quejarse, no decirle nada que la molestase y eso molestaba más incluso a su tía Emily. Intentaba encerrarse en su altillo, apenas de 20 metros para estar a solas, sus primos, no contaban con ella para salir y como ella lo sabía y no quería hacer daño a su tío, ni que tuviese problemas con su tía por su culpa. Así que cuanto menos molestara y se viera, mejor.

Sí que su tío David, iba a verla arriba y hablaban y se reía, pero enseguida estaba ya su tía llamándolo por cualquier cosa.

Y así pasaron los años y sus primos se fueron a la Universidad, y ella respiró cierta tranquilidad.

Y ese era el último año de instituto.

Ese verano su tío dijo que iría a la Universidad, en contra de su tía que quería que encontrara trabajo porque cuatro universitarios era mucho dinero.

Pero la suerte no estaría del lado de Isabel, ya que su tío sufrió un infarto días antes de tomar las vacaciones de Agosto y murió. Su vida se tornó gris. Y no tenía a nadie, solo un futuro incierto, estaba segura de que no iría a la Universidad, ni loca. Quería hacer derecho como su tío David. Y eso estaba totalmente segura de que se acabaría.

En la comida de luto, como ella lo llamaba, se sentó en un rincón mientras su tía como si nada hubiese pasado, departía con los invitados y la vio sentarse al lado de una de sus amigas. La conocía y era una mujer amargada. Era alta y delgada y la miraban. Sabía que estaban hablando de ella y tramando algo.

-Olivia, no sé qué hacer con ella.

-Pues yo sí creo que tengo una idea.

-¿Qué idea?

-Cásala.

-¿Cómo que la case?

-Mira -y sacó el móvil.

“Se necesita esposa para rancho”

-Pero tiene 45 años.

-¿Y qué?

-Mujer tiene 18, David saldría de la tumba y me mataría.

-Está muerto. Y esto está a más de 1000 millas, cerca de Dakota del sur y de Wyoming.

-No estaría mal, si la caso, me la quito de encima y la coloco. Un problema menos.

-Vamos a llamar antes de que llamen otras.

-Y se metieron en el baño. Isa pensó que tramaban algo.

Llamaron al anunciante y era un poco bruto. Les dijo que, si tenía 18 años mejor, que quería una mujer para su casa del rancho, no que lo calentara por las noches.

-Dios mío- dijo su tía.

-Pues claro qué esperabas, tendrá que acostarse con ella. No va a ir a un rancho a pasearse.

-¡Está bien!, vivimos en Helena. Tendrá que venir a por ella y casarse aquí.

-Busque un cura para el domingo, y deme la dirección. El cura en su casa, no quiero fiestas.

-¡Está bien! Se la preparo.

-No pienso pagar nada.

-No, no se preocupe por nada. Hasta el domingo. Le paso la dirección.

-Démela y la anoto, mi móvil es antiguo, no tengo tonterías.

-Vale anote.

-Y le dio la dirección.

-El domingo llevo todos los documentos y solo se pone el nombre y me caso, me la traigo. Sin defectos ni engaños.

-Perfecto. No tiene, dinero tampoco.

-No le hará falta.

-¿Cómo se llama?

-Joe Lee.

-Aquí estaremos.

-Lo has conseguido

-No sé, Olivia.

-No seas tonta, tendrá su rancho y tú, tu tranquilidad, y la tus hijos los manda unos día de vacaciones por su padre y luego le dices que se ha ido a trabajar lejos.

-Sí, algo tendré que decirles, aunque para lo que les importa su prima...

-Pues ya te la sacas.

-¿Y si no quiere?

-Querrá, o a la calle. Tengo que hablar con ella mañana.

Al final de la mañana la gente se fue dispersando y cuando se quedaron solas, la chica recogió todo y ella iba a subirse a su habitación cuando su tía le dijo:

-Isabel.

-Dime tía.

-Prepara tu cosas. El domingo te vas de esta casa.

-¿Dónde?

-A un rancho, vas a casarte.

-¿Que voy a casarme?, tía tengo 18 años

-¿Y qué? o eso o te quedas en la calle sin un dólar, tú eliges.

-Pero tía...

-Que recojas tus cosas. El domingo por la mañana viene tu marido a por ti. Te casas sí o sí. Y te vas. Bastante te he aguatado ya y has gastado el dinero de mis hijos. Ahora que te mantenga otro.

-Pero, ¿quién es?

-Alguien mayor que tú. Tiene un rancho cerca de Dakota. En el límite de Montana.

-¿Sin verlo?

-Ni falta que te hace. Uno se casa y se casa.

Subió a su habitación y se echó a llorar en la cama. Claro ¿cómo iba a ir a la Universidad?, con esa mujer... ¡Estaba bien!, al menos tendría su casa y se iba y no volvería a verla jamás. Cuánto más lejos mejor.

Se levantó, se secó las lágrimas y empezó a hacer dos maletas que tenía.

El domingo temprano metería su bolsa de aseo y el resto. Y no diría ni una palabra.

Imaginó cómo sería ese hombre. Un poco mayor. Pensó que tendría 30. Tampoco sería tan malo.

Conforme iba haciendo la maleta, fue animándose pues iba a tener algo propio, suyo.

CAPÍTULO II

Llegó el monto esperado. Joe Lee, había llegado y estaba sentado en la sala con su tía el cura y su amiga Olivia. Cuando lo vieron entrar con su abogado, no les gustó un pelo. David la maldeciría desde la tumba. Era desagradable, larguirucho, alto y feo. Con una cojera acentuada que debía haber tenido un accidente.

No quiso café ni nada que le ofreciera Emily. Ni el abogado tampoco.

El cura dijo que si la chica estaba de acuerdo.

-Lo está.

Y la tía fue a buscarla, ya tenía las dos maletas en el salón y le había dicho que se pusiera un vestido, el mejor que tuviese.

Y entró en la sala donde estaban todos. Cuando vio al hombre con el que debía casarse tuvo ganas de llorar a mares y no estar allí en ese momento. Ese hombre parecía su padre y...

-Venga, que no llegamos. Hay muchas horas al rancho.

La boda duró apenas dos minutos, y el abogado le dio el certificado de matrimonio e iba a inscribirlo el lunes en el registro y le enviaría una copia de este al rancho. Pero el certificado ya era válido.

El abogado cogió las maletas apenado y las metió en un todoterreno viejo y destartado. Y a Isabel la miró con compasión.

Su tía iba a despedirla, pero ella desvió la cara y ni la miró. Siguió hacia adelante. Se subió en el todoterreno y se fue de allí.

Había sido vendida- pensó.

Durante el viaje, él no le dijo ni una palabra y ella no tenía ganas de hablar. Mejor así.

Solo paraba y decía:

-A comer. -Y comían.

-A echar gasoil, -y le echaban.

Y seguían y ella aprovechaba cada parada para ir al baño.

La primera vez que fue, le dijo:

-Si te escapas, te mato- y sintió un miedo atroz con ese hombre.

Después de unas horas habló:

-Tengo caballos. Un capataz tan solo. Trabajo mucho y él también y no pienso meter a nadie. Mi

capataz se llama Lucas y tiene mi edad, 45. Está soltero y si tonteas con él, te arrepentirás. En mi casa se habla con respeto.

-Vale- dijo Isabel. No tengo intenciones

-Más te vale. No puedes cambiar nada en la casa. Lo puso mi mujer antes de morir y así se quedará. Murió con mi hijo en el parto. Los dos. Tu función es limpiar y hacer la comida en casa. Y limpiar la casa de Lucas cuando no esté, una vez a la semana. Come con nosotros. E ir al pueblo. Está a 40 millas, te daré dinero para las compras, solo comida, nada de tonterías, ni desayunar fuera. Ni comprarte nada que yo no de mi aprobación. ¿Entiendes?

-Sí, tengo ropa de sobra.

-No vas a dormir conmigo- y ella respiró por dentro- necesito una criada, no una mujer donde meterla.

Le pareció ordinario el tipo.

-Espero que sepas hacer bien de comer y hables lo menos posible. A veces te quedarás sola, si vamos a vender o a comprar y no saldrás cuando vengán al rancho o el veterinario.

-De acuerdo.

-Irás a comprar una vez al mes, congelas. Y si sabes hacer pan, mejor. Quiero comer bien. ¡ah! y una última cosa. Las fotos de mi mujer deben estar en su orden y limpias. Murió el año pasado. La lista de la compra la tengo que ver antes de que vayas y no se trae nada más.

-Como desee.

Le pareció eterno el viaje. Algo bueno tenía si no quería acostarse con ella. Dejaría relucientes las fotos de su mujer. Pero estaría toda la vida allí y eso le pesaba en el alma.

Su futuro era más incierto que cuando vino de Málaga a los 14 años.

Por fin tras horas y horas de dar botes en esa cafetera llamada todoterreno, llegó al rancho.

Todo lo que imaginó que era, no lo era. Era un rancho grande y precioso con una gran casa y una entrada bonita, rodeada de vallas blancas y un riachuelo que corría a lo lejos y los caballos. Tenía bastantes. Y él se dio cuenta.

-Hay 6000 cabezas.

-Son bonitos.

-Son blancos. Son caballos.

En la entrada había un hombre de su edad y cuando bajaron, la saludó.

-Señora Lee, encantado, soy Lucas, el capataz.

-Coge sus cosas y las subes al dormitorio del final.

Tú, metete en la cocina y prepara la cena para los tres, estoy hambriento. Vamos a ver los animales. Venimos en un momento.

Y cuando bajó Lucas, se fueron.

Ya tendría tiempo de mirar esa casa tan bonita, de momento se metió en la cocina. Había poco que comer, pero hizo un asado con patatas y ensalada y puso la mesa.

Cuando vinieron, Lucas se lavó las manos en el aseo, o lo que debía ser un aseo.

Pero él se sentó.

-¿Qué es esto?

-Asado con patatas y ensalada. Fruta. Hay poca cosa.

Estuvieron comiendo y Lucas dio las buenas noches y se fue. Dijo que la comida estaba muy buena y ella le dio las gracias.

-Mañana vas a la compra temprano. Cuando recojas mira y haz la lista y la dejas en la cocina y te dejo dinero. El pueblo ya sabes dónde está. Hemos pasado. El almacén de Archie.

-Vale.

Estaba muerta, pero ya descansaría.

-Y limpias cuando vengas y preparas limonada y algo de picar para media mañana y la cena. Primero colocas y la comida, y limpias lo que te dé tiempo. Hay ropa para poner lavadoras y planchar.

-No sé si me dará tiempo a tantas cosas.

Y se fue hacia ella y le dio dos puñetazos en la espalda que la dejó sin respiración. Se quitó el cinto del vaquero, le puso un trapo de cocina en la boca y le dio diez latigazos. Se sitió correr la sangre por la espalda. Y lloró en silencio.

Ya sabía que tenía que mantenerse en silencio.

-Y ahora a dormir, venga.

Subió como pudo las escaleras. Dolorida.

-Tu habitación es la del fondo.

Entró, era bonita, pero no veía nada.

Fue directa a darse una ducha y se miró la espalda. Intentó poner algo de alcohol en una toalla y se la puso mordiendo otra para no chillar, solo llorar en silencio por el dolor.

Puso la alarma de su móvil a las cinco.

Deshizo la maleta, colocó todo, bajó las toallas como pudo al cuarto de lavado, lleno de ropa y

miró la cocina. Tenía una libreta y un bolígrafo. Miró, hizo una lista, la dejó en la encimera y se fue a dormir.

Cuando despertó a las cinco tenía más dolor que el día anterior. Y decidió limpiar la cocina para poner la compra. Limpió la nevera y toda la cocina cuando llegó Lucas. La miró y supo que le había dado, como daba a los animales.

-Hijo de puta...

Y en esas bajó Joe.

-¿El desayuno?

-Está listo.

-¿Café?

-También. La cocina limpia para meter la comida.

-Así me gusta. Dame esa lista -dijo mientras desayunaban.

Ella desayunaría tranquila después o se atragantaría.

Tachó dos cosas y se la dio. Le puso dinero encima y se fueron.

Por fin sola. Se hizo el desayuno. Recogió la cocina y puso un lavavajillas. Aún era temprano y dejó puesta una colada. Limpiaría ese cuarto, cuando toda la ropa estuviese seca.

Sí dejó limpio el despacho, cogió la lista, el dinero, su móvil y las llaves y se fue al pueblo en un coche que le dejó Joe, las llaves dentro, en la puerta, cerró y se fue a respirar aire puro. Aunque hacía un poco de calor.

Hizo toda la compra volvió, metió la ropa en la secadora y puso otra colada. Y colocó la compra como ella quiso. Una limonada y una bandeja con bocadillos variados.

Vinieron y se fueron de nuevo, tomaron café y le dijo que a las seis la cena.

Hizo un arroz con pollo, y dejó para echar el arroz a las cinco y media y limpió la parte de arriba bien, ventanas y baño. Tenía cuatro dormitorios, pero se ve que solo uno usaba y solo tenía algo de polvo.

Lo dejó limpio, Impecable hasta las escaleras. Y tomó algo sentada.

Luego colocó las coladas y siguió poniendo, con otras dos se acabaría.

Eran las cinco y sabía que no podría acabar el salón y el aseo y el patio y la entrada, así que optó por la parte de dentro y la colada.

Y a las cinco y media puso el arroz. Cenaron y ella recogió la cocina. Le devolvió la parte sobrante con el tiket.

Se fue para ella y le dio dos patadas que la tiró al suelo y varios puñetazos.

-Cuando te digo que todo limpio, es todo.

Y se levantó como pudo y limpió el patio con los cuartitos y la entrada medio doblada.

Si seguía así no iba a durar ni dos meses. Nadie podía hacer eso en ese tiempo.

-¿Ya has acabado?

-Sí.

-Mañana te vas a casa de Lucas y la limpias de arriba abajo. Su colada y la comida, ¿está claro?

-Sí.

-Ya aprenderás.

Y aprendió, aprendió a recibir golpes que no se vieran. Hacía todo lo mejor que sabía para no recibirlos, pero él, siempre buscaba una excusa. Y aunque los golpes se alargaban en el tiempo, cuando tenía un mal día, ella sabía que le tocaba. No quería que le diera con la correa, porque esas sí dejaban marcas en la espalda.

La suerte que tuvo, es que no quería tener sexo con ella. Cuando quería, la dejaba en casa y se iba con mujeres al pueblo, sobre todo una vez al mes, los fines de semana. Pero esa era la única suerte y el único miedo que le producía, que algún día quisiera forzarla.

La vida pasaba tristemente en ese rancho de caballos tan bonito. A Lucas le hacía trabajar como un mulo. No sabía por qué razón ese hombre no se iba.

Y fue al cumplir los 20 años, cosa que nunca celebraban, ni siquiera le había regalado un anillo, ni alianza, ni falta que le hacía, cuando vino corriendo a la casa, Lucas.

-¿Qué pasa Lucas?

-Lo ha matado, lo ha matado.

-¿Cómo que lo ha matado?

-Le ha dado su caballo una coz en la cabeza y no respira. Lo tengo en la camioneta. Vamos al pueblo.

-Espera y cojo el bolso. No tengo dinero y el móvil no me funciona ya desde que vine. Me lo quitó.

-Vamos, no importa, yo llevo.

Y cuando llegaron al centro de salud del pueblo, el médico solo pudo certificar la muerte.

-¿Está muerto de verdad?

-Sí, mire la coz aquí señalada. Ya está certificado, ¿lo van a enterrar?

-En el rancho con su primera esposa.

Se lo llevan en la furgoneta.

-Sí, tengo una manta, lo tapamos.

-Vale. Tengo que dar parte.

-Lucas...

-Qué...

-Me alegro de que esté muerto y ni debería tener esos sentimientos.

-Mira Isabel, déjate de tonterías que lo conocía. Ha muerto porque le pegaba a su caballo y un día sabía que esto pasaría.

-¿Le estaba pegando?

-Sí, como a ti estos dos años que llevas.

-¿Le pegaba también a su mujer?

-No, ella era sagrada y era un víbora que le ponía los cuernos. Fíjate. Tenía un amante.

-¿Por qué te quedaste con él que te hacía trabajar como un mulo?

-Porque sabía que algún día me quedaría con este rancho. Era de mi abuelo. Y su abuelo se lo ganó en una partida de póker haciendo trampas. Ahora es tuyo. Y quiero que me lo vendas con todo.

-Pero si era de tu abuelo.

-No seas ingenua Isabel. Me vendes este rancho por lo que se tase. Voy a comprar más animales y a meter en el barracón a chicos y a tirar todas sus mierdas y pintar la casa, contrataré a un capataz. Aunque si quieres quedarte.

-Ni loca.

-¿Sabes?, debe de tener dinero en el banco ese tacaño y es también es tuyo.

-¿Sí?

-Sí, iremos mañana y desayunamos en el pueblo y contratamos a un tasador. Te abres tu cuenta y tus tarjetas. ¿Qué tienes pensado hacer?

-A pesar de todo me gustan los ranchos. Pero no este.

-¿Vemos si se vende alguno cerca?

-Podemos mirar, quiero hacer derecho a distancia también.

-¿No quieres irte a la ciudad?

-No. Me gusta el campo.

-Bueno, ya estamos, lo primero enterrarlo hija. Con dos mantas tiene. Voy a por la pala y un trozo de valla como la de su mujer a modo de cruz y cenamos algo.

Y se dedicaron a enterrarlo.

Estuvieron cenando y riendo. Como si fuese su padre, por primera vez en muchos años era feliz. Que Dios la perdonara.

Durmió a pata suelta, tranquila, y se despertó a las nueve. Lucas había dado una vuelta a los caballos y se había duchado.

-¿Nos vamos niña?

-Sí Lucas.

-Primero un buen desayuno. ¿Llevas el certificado de matrimonio y el de defunción?

-Sí, en el bolso.

Y estuvieron desayunando en la cafetería del pueblo. Lucas la invitó ya que ella no tenía nada. Pasaron por dónde estaba el tasador, en la inmobiliaria del pueblo y quedaron a las doce en el rancho.

-Nos da tiempo. Vamos a ver qué tenía ese cabrón en el banco para ti.

Cuando el director los hizo pasar a su despacho, ella se quedó con la boca abierta

-¿Todo eso?

-Todo eso ¿Lo dejará en nuestro banco? Actúa en todo el país.

-De momento sí, lo cambia a mi nombre y me da dos tarjetas voy a abrir dos cuentas.

-Perfecto.

Cuando salieron se compró un móvil, el mejor de todos. Y se lo configuraron con todo.

-¿Teléfonos?

-Solo el tuyo Lucas.

Y el chico se quedó parado.

-Un ordenador, el último del mercado, un bolso para el ordenador.

-Nos vamos, ya vendré a por ropa, veré qué comprarme.

Y se fueron al rancho. El tasador estuvo viendo el rancho con ellos, los caballos, hizo un presupuesto y las casas y le dio un precio. Hizo cuentas mientras tomaban un café con tarta que se había traído del pueblo y le dio un precio.

-Y ella dijo que 200.000 dólares menos.

-No, Isabel

-Sí, eso te lo has ganado.

Y lo abrazó.

-Mañana vamos a pagarle y al banco y hacemos la venta.

-Estupendo.

-¡Madre mía Lucas! Tengo tantos millones que no me lo creo.

-Para comprar dos ranchos.

-Miramos antes de cenar. ¿O quieres tomar algo?

-Mujer con la tarta no.

-Vamos a mirar ranchos que se vendan.

-¿Prefieres de vacas o caballos?

-Miremos primero a ver.

Estuvieron viendo, pero no le convencían, unos por el precio, otros porque no le daban buenas vibraciones.

-Este- dijo ella. Tiene caballos...

-Eso es en San Antonio Texas.

-Pues me encanta y mira el precio...

-Lleva un inquilino dentro. El capataz.

-¿Qué inquilino?

-El nieto del dueño que lo vende.

-¿Qué pasa? ¿Por qué es el capataz si es el nieto...

-Mira...

-¡Es guapísimo! Igual que Joe ¿Qué le pasará con su abuelo?

-A saber...

-Bueno quiero llamar, no me importa si es capataz, me ahorro de contratarlo. Ya me enteraré parece un chico serio.

-Primero ve y lo ves si no lo ha vendido Isabel. Ten cuidado.

-Voy a llamar...

-No lo ha vendido y he quedado la semana que viene a verlo. Dice que me lo reserva. Y aquí tengo la ubicación. ¿Me voy en coche?

-Primero vamos a ver si tiene embargos

-Mañana nos vamos a enterar de todo.

Y al día siguiente hicieron la venta, las escrituras, y vieron que el rancho Parker era próspero y no estaba embargado. Del nieto no supieron nada.

-Tienes que coger un avión. No te compres coche aún, alquila uno para ir al rancho. Si no te gusta ese miras por esa zona.

-Es un gran cambio del norte al sur.

-Es lo que debes hacer, un gran cambio.

-Mañana hago las maletas. Y pasado me voy. Voy a sacar en el pueblo el billete.

-Te vas en avión. El aeropuerto está cerca.

-Sí, voy a comprarme unas maletas nuevas por lo menos. Tengo poco y no pienso llevarme libros ni nada. ¿Quieres que te ayude a sacar todo lo de Joe?

-Para nada. Mañana si vas al pueblo me pones este anuncio en la oficina de empleo.

-Claro.

-Yo iré sacando cosas mientras y los caballos.

-¿Todo ese personal vas a contratar?

-Voy a comprar más caballos y sí, le daré un lavado de cara a esto, que no quede nada.

-El cementerio.

-Bueno está vallado. Ahí no molesta. ¿Te ha dejado marcas?

- Algunas, sí. Las otras pueden superarse.

-¡Maldito cabr...!

-No te preocupes. Vamos a cenar algo Lucas. Hoy ha sido un día largo.

En dos días se despedía de Lucas, con gran pesar, pues había sido la única persona amable, pero que no podía hacer nada dentro de su casa.

Debía ser positiva. Y mirar de nuevo un futuro incierto. Pero su vida iba así, entre futuros inciertos. Sin embargo, a sus veinte años, había vivido. Y ahora sus cicatrices merecían cada dólar que llevaba.

Cuando llegó a San Antonio, descansó ese día. Había quedado con el señor Parker al día siguiente por la mañana.

Dio un paseo por la ciudad y se compró solo unos vaqueros, una camiseta y unas botas., ropa interior y nada más. No sabía si allí se iba a quedar y entonces se tocaría el pelo que es lo primero que se hace cuando se quiere cambiar de vida. Quería ese rancho si estaba como estaba y se vendía como se vendía.

Y tenía ganas de verlo.

Después de una buena cena, se dio una ducha, dejó preparada la ropa para el día siguiente y durmió relajada.

Y llegó el día...

Un buen desayuno y tomó un taxi, pues el rancho estaba cerca. Iba nerviosa...

CAPÍTULO III

Se quedó parada en la puerta del rancho- ese era un gran rancho, preciso y bien conservado se veían caballos a lo lejos y un barracón del que salían hombres, una casita y la casa grande

Un rodeo y al menos cuatro almacenes, aparcamientos...

Aunque ella tenía un fin, metas.

Sintió buenas vibraciones al entrar al rancho. Fue directamente por la carretera corta de árboles a cada lado, hasta aparcar cerca del rellano que dominaba la casa.

Sabía que todo en Texas tenía dimensiones diferentes.

Salió del coche con su bolso, y llamó a la puerta, aunque esta estaba abierta.

-Pase-dijo alguien de cierta edad. Seguro era el señor Parker.

Salió una señora de cuarenta años, un poco rellenita y la saludó.

-Soy María, me ocupo de la casa grande.

-Encantada María.

-¿Es Isabel Lee?

-Ya no, soy viuda. He tomado de nuevo mi apellido. Isabel Hernández.

-Pero muchacha , ¿qué edad tienes?

-20 años, María.

-¿Y eres la que viene a comprar el rancho?

-Sí señora,

-¡Ah no!, la señora es usted.

-Señorita.

-Ande pase a la sala, están todos esperándola.

-¿Todos quiénes?

-El señor Parker, su nieto, el capataz. El segundo capataz y el abogado, el notario, el del banco y un tasador de la inmobiliaria.

-Me voy a sentir una cucaracha.

Y María se rio.

-¿Quieres café?

-Se me derramaría ante tanto hombre.

-¡Qué graciosa es la señorita!

Pasó al salón con decisión y todos se quedaron con la boca abierta.

Era pequeña, guapa, pero sobre todo muy joven. ¿De dónde iba a sacar esa cría el dinero?

-Buenos días, soy Isabel Hernández. Vengo a ver si me interesa el rancho. He quedado con el señor Parker esta mañana - y al señor Parker, al abuelo, le encantó.

-¿Tú vas a comprar este rancho?- le dijo el tío más bueno, alto, guapo, musculoso que había visto en la vida con un brazo lleno de tatuajes, claro que ella los tenía en la espalda y no tan bonitos. Y se lo dijo con desprecio mirándola de arriba abajo. Para lo que le importaba lo que dijera un nieto que no podía heredar el rancho vaya usted a saber por qué.

Y lo ignoró como a una cucaracha.

Se fue hacia el abuelo y le estrechó la mano.

-Bueno a ver, el notario... y se los presentó uno a uno.

-¿Por qué vende el rancho?

-Porque me voy a la Florida con mi única hija y mi yerno, los padres de mi único nieto, Carlos. Y ella lo miró con el mismo desdén con que él la había mirado de arriba abajo y a él le supo a reto.

-¿Has comprobado que no está embargado ni tiene deudas?

-Sí señor.

-Has hecho los deberes, lo vemos. Aunque ya el tasador me ha dado un precio, no sé si te vendrá bien. Me gustaría que te quedaras con el personal. Es bueno, pero si no quieres...

-Quiero. No tengo tiempo de contratar a nadie quizá a alguien más, depende.

-Tenemos casi 15.000 cabezas de ganado. Está más barato porque necesita algunos arreglos y comprar un tractor y herramientas nuevas. Tienes dos capataces para ello.

-Bueno...

-Vamos a verlo todo y te explico.

-Sí señor, a eso he venido.

-¿Desde dónde?

-Desde Montana, Tyler. Tenía un rancho de caballos blancos.

-¿Y por qué?

-Mi marido murió. Le dio una coxa su caballo.

-¿Qué edad tenía?

-47 años

-¿Y tú chiquilla?

-20 años. 18 cuando me casé.

Nadie dijo nada. Nada había que decir ante esa sorpresa.

-Bueno, vamos a ver el rancho.

Y cogieron dos camionetas y visitaron la tierra, los dos arroyos que tenía el rancho, todo.

-Son buenos animales - lo único que necesita reforma son los almacenes, el rodeo, las cuadras y las casas, una mano de pintura su acaso.

-¿Quién vive en el barracón?

-20 chicos, mi nieto, y un cocinero que limpia.

-¿Y en la casa?

- María con Liam, su marido y capataz.

-Yo viviría en la casa grande.

-Exacto.

-Vamos a ver las propiedades que quedan.

-He vaciado los programas del pc y te los he dejado. Para que anotes gastos e ingresos tienes dos por si quieres separar la casa del rancho.

-Muy bien, veamos las casas y el pabellón.

Sí, pensó ella, no era su estilo de muebles y había que cambiar eso. Podía gastarse unos millones y, aun así, le quedaría la mitad de todo lo que le costara incluido el rancho.

-Cuando volvieron al a sala, ella miró al señor Parker y le dijo:

-Me lo quedo, dejaré a los trabajadores, ya tendré una reunión con ellos y los capataces.

-¿Necesitará un préstamo?- le dijo el banquero.

-No, necesitaré un contratista de momento que me haga las reformas. Y una asesoría que me dé el alta como ganadera.

-Eso se lo hacemos en la inmobiliaria.

-Pues cuando estén listos.

-Ahora.

-¿Aquí?

-Aquí podemos hacerle todo, hasta las escrituras y el notario sacó la antigua y una nueva.

-¡Ah por mí perfecto!

-¿Qué necesitan?

-Su carnet de identidad.

Y en una hora había hecho la transferencia y tenía sus documentos, una cantidad de papeles enormes hacienda pagado. Todo...

-Si quieres cambiar el nombre del rancho...

-Me gusta Parker. Además, la gente lo conoce así.

-Bueno niña, esta noche me voy a Florida.

-¿Ya?

-Sí, me lleva mi nieto a aeropuerto.

-Pues yo voy al hotel a por mis cosas. Y de paso llamo al contratista que me han dado.

-Primero come y toma café conmigo. Los dos solos -Y el nieto salió enfadado por la puerta.

-No preguntes.

-No pensaba.

-Me gustas, Isabel. Quizá puedas meter a ese potro en cintura, si has tenido uno de 45, éste de 30 te resultará fácil, a pesar de tu juventud - Y ella se rio.

Mientras comían a solas ella le preguntó:

-¿Me lo va a decir?

-¿Lo de mi único nieto?

-Claro.

-Estuvo en los marines tras terminar derecho.

-¿Estudió derecho?

-Sí, mi hija se iba a la Florida, porque su marido es arquitecto y ella es médica.

-¿Nadie ha querido seguir sus pasos en el rancho?

-Sí, mi nieto, pero yo estaba enfermo en esa época, me pusieron un marcapasos. El corazón me iba lento y mi hija quiso que me fuese con ella, pero no iba a dejar este precioso rancho. Él, sin importarle como joven que era, se hizo un amigo y se enroló. Y ha estado desde los 23 años, siete jugándose la vida por nada.

-Bueno, es una buena obra.

-Su abuelo lo necesitaba. Y ahora viene a que me vaya a la Florida porque el chico se ha empeñado que ya ha cumplido con el país. Su amigo murió. Debe ser por eso.

-¿Y por qué no se lo deja?

-No pienso dejar mi rancho, quiero vivir. Tengo 75 años. Y él ya ha vivido su vida, si quiere un rancho, que se lo gane.

-Me parece bien.

-Y... cómo no tiene para un rancho... pues que trabaje.

-Nunca va a tener un rancho como este trabajando. ¿Cuánto cobra como capataz?

Y le dijo:

-Luego miramos las nóminas.

-¡Está bien!

-Y te enseño el programa, me voy a las siete. Ya María me tiene todo listo.

-Creo que me iré con ustedes al hotel y no pido taxi, mañana vengo con un coche, ¿cuál me aconseja?

-Un todo terreno, coche bonito color azul metalizado. Tienes camionetas, aunque están para cambiarlas.

-¿Cuántas necesitan?

-Al menos dos, para los capataces y otras tres por si acaso, otro tractor, herramientas y demás, que ellos te hagan una lista.

-De San Antonio viene el veterinario. Hay una caseta dentro de las cuadras.

- Bien.

-Aunque es más bien un armario para medicamentos y curas de animales.

-Muy bien.

-Venga, que nos sirva allí el café con tarta María y vemos lo que cobran los chicos.

-Las compras las hace María o su marido. El cocinero le da una, ellos y la casa.

-Todos comen en el barracón, María también cena allí, pero si quiere algo lo compra ella. la casa es sagrada.

-Me gusta, es demasiado grande, tiene piscina.

-Sí, es cierto.

-Cuatro dormitorios en la primera y un altillo con aparatos de gym que habrá que cambiar, arriba.

-Tiene moqueta que habrá...

-La he visto, cambiar- y el viejo se reía.

-Niña no sé cuánto dinero tienes, pero lo que sí sé es que me voy tranquilo contigo.

Cuando llegó la hora de irse, apareció su nieto arreglado y oliendo a perfume caro.

-Bueno nos vamos.

-Vamos a dejar antes a Isabel en su hotel. Mañana se viene al rancho.

-Tu abuelo me ha dado los teléfonos de todos, cuando venga os llamo primero a los dos capataces y ceno con todos.

-Como diga jefa.

-Es la jefa- dijo el abuelo.

-Lo tengo muy claro.

-Niña cuídate mucho, ¿sabes montar?

-No.

-¿No?

-No, me enseñará su nieto -y éste se mordió los dientes. Y a ella le hizo gracia y se vino arriba.

-La dejaron en el hotel, abrazó al abuelo. Que lo pase bien, cuando quiera, me llama.

-Lo haré, no lo dudes.

Y le enviaré fotos de cómo queda.

-¿Cómo queda qué?- preguntó el nieto.

-El rancho, vamos a reformar lo que falta.

-Pero...

-Nos vamos, que llego tarde.

-Mientras iban para el aeropuerto...

-¿De qué tiene tanto dinero?

-Su marido tenía 45 años y ella 18, me temo que había detrás hay una historia negra. Es una buena chica. Le dejó un rancho y dinero. Así que te recomiendo que la cuides.

-Abuelo.

-Tiene 20 años. Hazme caso por una sola vez, ¿te parece?

-¿Está bien?

-Es guapa.

-Tengo 30, le llevo diez años.

-Yo le llevaba a tu abuela 10 ¿y qué?

-No me voy a casar.

-Pues mira, sería la única forma de que el rancho fuese tuyo, una chica joven, guapa, buena y rica. A ver si encuentras una igual.

-Bufff. ¡Joder abuelo!...

-Ya llegamos.

Aparcaron y le facturó las maletas a su abuelo. Llamó a su padres.

-Vamos a por él al aeropuerto.

-Está bien, va a embarcar en diez minutos.

Y se abrazaron y el abuelo embarcó y él se volvió al rancho.

Isabel, mientras, se dio una ducha, pidió la cena en la habitación. Y al día siguiente se compró un coche tras desayunar y se fue al rancho con sus maletas. Tenía seguro de salud. Todo se lo hicieron, salvo el del coche que se lo hizo al comprarlo.

-Vamos al rancho Parker.

Esperaba al constructor y a los dos capataces.

-Los llamó en cuanto el constructor llegó.

-¡Hola!, me llamo James Scott.

-Es irlandés.

-Una parte - y se rieron.

-¿Quiere un café?

-No gracias acabo de desayunar.

-Pues veamos qué necesito en la casa primero.

-¿Ha visto la entrada?

-Preciosa.

-Hay que arreglarla un poco y necesito una buena tienda de muebles.

-Tome, la chica de la tienda puede venir y usted señorita elegir lo que quiera.

-En cuanto vaya reformando.

-La casa está bien.

-Sí, aquí quiero pintar todo, en gris la fachada blanca, poner persianas y dobles ventanas y contraventanas negras. Y un arriate alrededor del porche con rosas de colores.

-Allí dos macetones para que no aparquen en la entrada. Contraventanas en el altillo también.

-Sí.

-La casa está abierta como me gusta. Pero quiero un suelo nuevo en toda la casa. En el altillo también, aunque le ponga luego moqueta. Pintar las puertas...

-¿Algo como esto?

-Exacto. Y la cocina a juego. La sala solo pintar. Y el despacho, ya compraré los muebles y demás.

-Subamos al altillo.

-Quiero pintar, suelo como le dije y otra moqueta, color gris. Mullida.

-¿Y en el patio?

-Revisar la piscina, pintarlo, pintar los cuartos y poner puertas nuevas en todos con llaves. Necesito un par de grifos en la piscina, para ducharse. Y césped, la parte de patio como la entrada

-Yo creo que eso y los baños...

-Quiero en la principal una bañera de patas nueva. Y renovarlos.

-A ver... elijo éste, esta baldosa y estos saneamientos. Grifos negros todos. Esos. El suelo igual todo, sin cortes.

-Vamos a la casa de María.

-María, vamos a tu casa.

-Toma la llave.

-Tiene un saloncito solo y la cocina.

-El suelo igual que la casa y las ventana y contraventanas pintura y el aseo igual y arriba, los tres dormitorio iguales a los míos.

-El patio... tiene una piscina pequeña.

-Haz lo mismo, pero más pequeño, rosas alrededor.

-También.

-Ahora al pabellón

-Isabel, las vallas y el campo están bien.

-Sí, el pabellón solo pintarlo, los baños están bien, y el suelo.

-Es nuevo.

-Sí y la cocina.

-También, saludó al cocinero.

-¿Falta algo, Nino?

-No, todo está bien,

-Cambiaré algunos muebles. Todo pintado- le dijo a James.

-Vale, yo anoto.

-Las ventanas igual, me gusta el pabellón. Ya compraré muebles. Y demás. Y electrodomésticos nuevos. Si me buscas dos mujeres que vayan limpiando a la vez que acabas cada casa...

-Eso está hecho.

-Y ahora a las cuerdas, pintarlo todo, ¡ah, James! todos los garajes y parquin en blanco pintura y si llevan arreglo, y les pones un número del uno al 20 y luego C1, camioneta uno. Hasta C5.

-Las cuerdas pintura... este mueble de medicinas no va sujeto, no importa, quiero que me hagas a este lado una caseta como si fuese una casita pequeña para meter aire y neveras, ponme luz y un baño. Meteré un despacho. Y muebles para el veterinario.

-Ya nos quedan los tres graneros grandes. Pintarlos. Nada más pintura y poco más compraré herramientas nuevas y un tractor con accesorios. Creo que hemos acabado. Si tú ves algo más, me lo dices.

-¿Cuándo empiezas?

-¿No quieres el presupuesto?

-Sé que me darás un presupuesto justo, ya lo ibas haciendo y tengo que hacerlo, cuanto antes, mejor.

-Me traigo gente y en un mes lo tienes todo.

-Haz primero la casa grande y voy metiendo muebles a la vez que me termines.

-Perfecto.

-Te arreglo el camino lo último.

-Las vallas están pintadas.

-Sí, eso no lo toco de momento.

-Pues venimos mañana. Te vamos a dejar las cosas tal cual, tú vas tirando.

-Me voy a ir a la casa de María mientras acabas.

-Bien.

-María vamos a tu casa, no deshago las maletas.

-Como quieras, niña.

-Mañana reforman primero la casa.

Y al atardecer se llevaron las cosas, los capataces no habían podido venir, estaban en el campo.

Y por la noche fueron a cenar las dos al pabellón.

Saludaron a todos y le dejaron el sillón que ocupaba Carlos a ella. Éste llegó y se sentó a su lado, al otro Liam, el marido de María.

-¿Quién lleva los campos? Y un chico dio que él. Denis.

-Hazme una lista de todo cuanto necesitas, una tractor nuevo, accesorios herramientas y demás.

-¿Todo?

-Todo.

-Me hace falta simiente.

-Pues todo es todo.

-Liam y Carlos, quiero una lista de herramientas nuevas, las que no sirvan las tiraremos cuando arreglen los graneros y también quiero cambiar las furgonetas, he pensado comprar cinco.

-Sobran -dijo Carlos.

-Cinco.

-No dejéis los coches vuestros mal aparcados, pondré un número en los aparcamientos y os daré a cada uno el suyo. Y las C de las camionetas.

-Carlos también necesito una lista de todo nuevo para los caballos que montáis.

-Tú mandas.

-¿Podéis hacerlo mañana? Ya hablaré más adelante contigo Carlos.

-Como quieras.

-Pues vamos a comer.

-¿Tienes coche?- le dijo a Carlos despacio.

-No, es del rancho.

-¿Te gusta el mío?

-No lo he visto.

Y le dijo cuál era.

-¡Está muy bien!

-Tendrás uno.

-Tengo dinero para comprarme un coche.

- No es para ti, es para tu utilización del rancho.

-Hace falta gasoil Isabel -le dijo Liam.

-Llamo, mañana y lo traen.

-Sí.

-Estupendo que llenen los depósitos.

-¿Algo más?

-De momento comida para los caballos hay.

-Para la casa falta- dijo el cocinero Nino.

-Haz una lista y que mañana vaya María, vamos a comer aquí mientras hago unas reparaciones en el rancho. Mañana tengo que ir a San Antonio también. Bueno, os dejo, estoy cansada. Buenas noches a todos.

Y María le dio la llave.

Y ella se fue.

-Me gusta- dijo Nino.

Y todos asintieron mientras tomaban café.

Y Carlos salió a tomar el aire.

-¿Que te pasa Carlos?- le dijo Liam.

-¡Maldita sea! ¿Pero cuánto dinero tiene?

-Nadie dice lo que tiene, tú tampoco. Pero lo nuestro es trabajar y obedecer. Es su rancho, cuanto antes lo asumas, mejor.

-Voy a dar un paseo.

Y ella desde arriba lo vio caminar hacía la entrada, tocarse el pelo y volver de nuevo al pabellón.

No estaba contento. Bueno lo estaría.

Al día siguiente Isabel fue a la universidad, para ver si podía hacer derecho a distancia.

Y se matriculó en primero, el primer semestre. Se llevó miles de libros, del primer semestre y todo lo que necesitaba para ello.

Iba a ir estudiando y haciendo ejercicios, saco exámenes de diez años atrás en la biblioteca. Y compró todo lo necesario.

Cuando llegó al rancho fue a la casa grande.

-¡Hola James!

-¡Hola Isa!, ya avanzamos... mira.

-Sí que es cierto.

-Mañana vuelvo de nuevo al pueblo, son unos días de compras.

-Cuando vino María le dio el número del almacén, lo llamó y envió un transferencia rápida.

-Voy a soltar lo que traigo en casa de María. Y a tomar algo.

-La casa estará en cuatro días como mucho.

-He traído veinte hombres, están en las cuadras y almacenes también y haciendo la caseta.

-El pabellón lo hago temprano, solo es pintura.

-Perfecto, así pueden dormir por la noche. Y lo último la casa de María y terminó con la entrada.

-En un mes y medio estará todo o mes, depende. Vamos rápido.

Ella le había dado el 75% del presupuesto, era muy barato o ella no sabía de obras.

Y así ella estudiaba en casa de María y esta decía que no hacía nada.

-Tu casa María, y le ayudas a Nino, la compra...

-Voy a llamar al pueblo mañana. Viene Betty. Con todos los libretos de muebles. Y en cuanto esté amueblada nos cambiamos allí.

-No estudio, tengo que comprar muebles.

-Pero ¿y Liam?

-Liam en el pabellón, sobra un dormitorio, si ya mismo están con tu casa. Solo serán unos días y tendrás una casa preciosa.

Cuando vino Betty al día siguiente eligió toda la decoración. El despacho completo y una mesa de estudio frente a la ventana con otro pc y dos estantes para los libros. Cambiaron los

electrodomésticos último modelo.

Compró sabanas, y vajilla nueva y dos de los chicos sacaron todo a la basura.

-Pero qué hace- decía Carlos.

-Es su casa, déjala.

Ya tenía la casa lista, con todo hasta accesorios para el gym, las rosas, preciosa, con una barbacoa en el patio, mecedoras y balancines.

Todo con ropa y accesorios. Faltaba las cosas de aseo y fue a comprarlas. Las colocaron y la casa quedó lista y maravillosa.

A los aparcamientos abiertos les puso James un número y a cada uno le asignó uno. Y dejó libre cinco para las camionetas. Menos los garajes de las casas y el suyo.

Decoró igual la casa de María que estaba encantada y el pabellón con todo nuevo, tiraron todo, compró una gran tele, una gran mesa sillones nuevos, un estante para juegos, neveras y cocina nueva industrial...

Y lleno de lo que Betty le aconsejó la caseta de veterinaria. Preguntó en el pueblo y se la llenó de cosas.

CAPÍTULO IV

Cuando todo estuvo listo. Y pagado, ella se cambió a su gran dormitorio doble de todo. Pero había que comprar ropa. Estaba ya tan cansada de ir de un lado para otro que quería ponerse a estudiar tranquila.

De momento, llamó a Liam y a Carlos.

-Pasad. ¿Queréis café?

-No gracias.

-Vamos, venga celebremos.

-¡Está bien!

-Hay tarta.

-María acompáñanos.

-Ay no señorita...

-Que te vengas.

-Bueno si lo ordena...

-Lo ordeno, porque si no ordeno no vienes.

Y María se reía.

-A ver, hoy solo un ratito.

-Ya he pagado a James y creo que faltan pocas cosas, las herramientas, más gasoil y vais con el chico del campo. Vamos los cuatro mejor.

-¿Dónde?- dijo Carlos.

-Vamos a por las furgonetas, el tractor y accesorios y herramientas, y otro coche, ¿tú tienes Liam?

-Sí señorita, lo compré el año pasado.

-Bueno utiliza la camioneta para el rancho, para tus cosas particulares, el tuyo.

Carlos llamó a Denis y se fueron de compras.

Estuvieron toda la mañana y ella los invitó a comer a todos antes de volver.

-¿Nos falta algo?

-Has pagado, no falta nada.

-Son tan bonitos... Denis, estaba supercontento.

-Hay que vender los viejos, menos las herramientas a ver si nos dan algo por ello para comprarme ropa- Y Liam se rio.

A los dos días vendieron todo y le dieron unos cuantos de miles de dólares.

-Eres un ángel Liam.

-Ha sido Carlos.

-Bueno, le daré las gracias, ya podéis empezar a trabajar, tengo facturas para dar y tomar.

-A ver, esperemos que venga Carlos.

-Todos van a seguir cobrando la misma nómina, me parece un buen sueldo, el de María también.

-Sí, Isabel -dijo Liam.

-El tuyo te lo voy a subir a 200 dólares.

-¿Y eso?

-Vas a ser el único capataz. Todo lo que tengas que decirme, a mí o a Carlos.

-¿A mí por qué?- dijo Carlos entrando por la puerta.

-Te alojarás en esta casa. Liam en la suya. Tú y María comeréis en el pabellón, a no ser que queráis comer en casa, va de vuestra cuenta.

-En el pabellón- e Isabel se rio.

-Solo comeremos Carlos y yo en esta.

-¿Y eso por qué?

-Ya puedes irte Liam, ya sabes, al tanto de todo, lo que sea y Nino la lista el lunes a María, ella irá los lunes a comprar. Las dos listas. Lo que falte del rancho que te lo digan, quién venga que te lo digan y si falta algo tú ya sabes, pones cuadrantes a los chicos en el pabellón para las salidas los fines de semana.

-Están puestos en el corcho que pusiste.

-Perfecto.

-Puedes irte. Buenas noches. Ahora vamos a cenar al pabellón, esperadnos y mañana ya cenamos Carlos y yo aquí -Y ellos se miraron.

-¿Y yo qué?

-Bueno, quería hablar contigo, Carlos.

-¿De qué?

-De si quieres seguir en este rancho.

-Claro que quiero, ¿qué te hace pensar que no jefa?

-A veces estás cabreado y un hombre cabreado no me sirve. Da mala sensación al resto.

-¿Qué piensas hacer conmigo?- y ella pensó que miles de cosas que nunca había hecho y que ese hombre había despertado con sus andares y su cuerpo sexi en sus hormonas.

-Quiero que lleves el rancho.

-¿Como si fuese el dueño?

-Sí, eso es.

-¿Y tú?

-Voy a hacer derecho a distancia. Siempre quise y nunca pude hacerlo. Me llevará cuatro años si consigo aprobar. Quiero hacerlo, Carlos.

-Me parece bien.

-Así, tú te ocupas de todo, tienes facturas para meter, de locura. En ese cajón. Yo ocupo ese espacio para estudiar- refiriéndose a la mesa bajo la ventana. Y por la noche repasamos un poco, me das un parte.

-Como quieras.

-¿No te gusta el trabajo? Es lo que querías. Alguna vez sales al campo a revisar también. Pero necesito estudiar esos años. Por eso debes estar en esta casa. Coges la habitación que quieras.

-La del fondo que da al altillo, no te molestaré.

-No lo harás. Tienes tu baño, puedes usar la piscina, comer lo que quieras, la casa es tuya y usar el gym.

-Has hecho un gym precioso, de todo tiene.

-Tú lo usarás quizá, claro.

-¿Qué dirá la gente de que viva contigo?

-¿Te importa?

-En absoluto.

-Pues ya está. Tu sueldo sube 500 dólares, lo mismo que yo pienso ponerme. Tengo que hacer la nómina.

-Yo la hago mañana. Esta noche me cambio o mañana, cuando quieras.

-Lo dejo a tu elección, debes cambiar solo las tres nóminas, la de Liam, la tuya y hacer la mía.

-¿Y las cuentas para pagar y demás?

-Es esta, para compras y ganar dinero toma una tarjeta para ti. La iré rellinando. Tiene 200.000 dólares para pagar también las nóminas. Con María le pagas por transferencia al almacén y vamos viendo.

- Como tú digas.

-¡Ah!, ¿te importaría poner dos programas? Uno para la casa y otra para el rancho y al final de año, cuando hagamos la declaración veo las ganancias y guardo parte. Y ya veo qué dejo para el año. Este ha sido distinto porque ha habido gastos imprevistos.

-Gracias Isabel.

-Una última cosa...

-Dime.

-Prohibido traer chicas a mi casa. Lo que hagas, será fuera del rancho, como todos.

-Lo doy por hecho.

-Gracias. Pues nada, el despacho es nuestro. Mañana empezamos. Bueno, yo voy a San Antonio, voy a comprarme ropa y a pasar el día allí más o menos, arreglarme el pelo y demás. Tú te ocupas.

-¿Cenas aquí?

-Sí, toma, llaves de todo, otra copia para Liam y una llave de la casa para María, se la damos ahora en la cena. Vamos a cenar que nos estarán esperando.

Carlos iba contento, pero no quería expresarlo, no era el rancho suyo, pero durante cuatro años o más iba a serlo y ganaría dinero para ella por su confianza. Como decía su abuelo, era una buena chica y él defendía eso como había hecho en la marina.

Estuvieron cenando y luego Carlos le contó a Liam qué iba a hacer en el rancho.

-Ahora sí que eres mi jefe.

-Somos amigos.

-Es buena, ya te lo dije.

-Me pregunto- dijo Carlos- ¿por qué se casó a los dieciocho con un hombre de 45 y no fue a la Universidad? Esa chica es un misterio.

-A pesar de tener tanto dinero, no creo que fuese por eso. No es de esas.

-No lo creo yo tampoco. Ya lo descubriremos. De momento voy a ocupar el puesto que mi abuelo no me ha dado. Ni el rancho.

-Era suyo, Carlos y tenía derecho a llevarse su dinero. Tú no debes tener poco si has ido a tantas

misiones. No bebes, no fumas, te he visto gastar poco...

-Algo tengo, pero ni de lejos para comprar la casa grande tal como está.

-Bueno, esta noche me quedo aquí. Mañana va a san Antonio y llevaré mis cosas y empezaré en el despacho, que me ha dejado trabajo.

Se lo dijo a Isa y ella se despidió de los chicos.

Esa noche durmió sola y le costó dormir. Ese chico alto de ojos azules, de pelo muy corto y barba, la desubicaba. No estaba acostumbrada a ver ese tipo de hombres. Era serio, pero pensaba que por lo que su abuelo le hizo. Que en realidad el rancho era de su abuelo, no de él. En todo caso esos, eran problemas familiares, no suyos. Había tenido una suerte inmensa y que Dios la perdonara por alegrarse de estar viuda.

Ni siquiera sabía ni quería saber nada de su tía y de sus primos. No le tocaban nada en realidad. Su vida había sido un infierno con ellos, pero nada comparable a los dos años de palizas de ese miserable. Al menos no la tocó. Peor desde entonces no quería mirarse la espalda. Se tocaba las cicatrices de la correa. Algún día se las miraría y asumiría su dolor.

Se durmió tarde. Y por la mañana se levantó tarde también.

-¡Hola María!

-¡Hola mi niña! ¿Vas a San Antonio?

-Sí, en cuanto desayune. Vengo para la cena o antes, tú prepara lo que quieras.

-¿Te llevo el desayuno a la sala?

-No en el porche voy a desayunar. Así desayuno fuera.

-¡Qué humor tienes!

Y fue al despacho.

-¡Hola Carlos, buenos días!

-Buenos días, Isabel.

-Llámame Isa, ¿has desayunado?

-Sí, hace dos horas.

-¡Qué trabajador!, ¿quieres tomarte un café conmigo en el porche y haces un descanso?

-Vale. Dejo esto y voy.

-Bien.

-¡Me encanta esta casa!- dijo cuando se sentó frente a ella Carlos.

-La has dejado preciosa.

-¿Te gusta de verdad?

-Sí, ya he estado en el gym. Si no te importa por la tarde me baño en la piscina.

-Te he dicho que es tu casa. ¿Pero a qué hora te levantas?

-Hoy temprano. Luego voy a por mis cosas y las coloco. Ya he enviado las nóminas. Y la gestoría me las enviará por fax. Para firmarlas.

-Muy bien. yo necesito un día de relax antes de empezar. he tenido unos días de locura y de compras, no me apetece nada comprar más, pero no tengo ropa apenas.

-¿No te trajiste de tu otro rancho?

-No, no tenía.

-¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Y en esas dejó María la bandeja para los dos. Y volvió a entrar en la casa.

-Puedes hacerla, otra cosa es que la conteste- y fue la primera vez que lo vio reír y le encantó su sonrisa.

-Por qué no fuiste a la Universidad y preferiste casarte con un hombre que te doblaba la edad.

-No me la doblaba, me la doblaba y súmale nueve años más. Quise ir a la Universidad, pero me casaron. No tuve otra opción. Nunca quise casarme a esa edad y menos con un tipo así.

-¿Así cómo?

-Viudo y malo. Está bien por hoy. Si quieres saber mi historia algún día te la contaré. No tengo intención de tener secretos con algunas personas. Mi vida no tiene misterios.

Y Carlos no insistió, pero supo que su vida no había sido un camino de rosas. Y que llevaba cicatrices en el alma para ser tan joven.

Cuando acabaron, ella fue a lavarse los dientes, y se retocó los labios.

-Me voy María.

-Ten cuidado mi hija.

-Lo tendré.

Carlos escuchaba cómo la trataba María y sonreía.

-Me voy Carlos. Haz lo que puedas, hay días y ve a por tu ropa y te bañas. Luego cenamos.

-¡Hasta luego, Isa!- ten cuidado.

-¿Otro?

-Otro.

-Lo tendré.

Y ese día, lo pasó en San Antonio de compras que no acababa, de diario, dormir, lencería, ropa interior, para montar, las cuerdas, de fiesta, conjuntos, zapatos y zapatillas, complementos de baño. Y cuando lo tuvo todo, se fue a la perfumería y llenó un carrito de aseo y pinturas.

Lo bajó todo al parquin y fue a la peluquería y se hizo los pies, las manos, le aclararon un poco el pelo y un corte a capas que se llevaba poco con el pelo largo. Y un buen laser.

Y después fue a comer, estaba hambrienta, luego se dio un paseo fuera del centro comercial y buscó una cafetería bonita y se tomó un café con pastelitos pequeños.

Y aunque estaba cansada, antes de irse a casa, se dio un paseo por la ciudad.

Y a las cuatro volvió a casa.

Carlos había llevado su ropa a la casa grande y se había bañado en la piscina antes de comer, ahora estaba con un café en el despacho de nuevo.

Cuando la vio, sonrió, empezó a sacar bolsas y él salió.

-¿Te echo una mano?

-Sí, gracias.

-¿Te has traído todo el centro comercial?

-Casi, no tenía de nada.

-Y le ayudó a subirlo todo y lo puso encima de la cama y lo de aseo en el suelo en un rinconcito.

-Voy a aparcar y coloco, tú puedes seguir en el despacho. Mañana lo veo. Hoy no me llega a más la cabeza.

-¿Has tomado café?

-Sí, ya casi es la hora de la cena, pero voy a colocar eso y a darme una ducha.

-No tengas prisa, me da igual comer a la hora que sea.

-Tardó una hora en colocar todo, quitar etiquetas, bajar cajas de zapatos a la basura y darse una ducha, se recogió el pelo para no mojárselo y se puso una batita de tirantes y unas zapatillas de dormir.

Se tumbó en el sofá del salón muerta y cerró los ojos un momento que debió ser casi una hora.

-Sintió que la tocaban en el brazo.

-Isa... Isa.

-Ummm- se dio la vuelta en el sofá y se le subió la bata.

-¡Joder! -decía Carlos- tenía unas piernas preciosas, pequeñas pero bonitas.

-Isa, es la hora de la cena, mujer luego te acuestas.

-Sí, ya voy.

-Le dio la mano y este tiró de ella y se sentó.

-¡Qué sueño por Dios! No soy persona- y él se rio de la expresión.

-Has tenido mucho ajetreo con la reforma del rancho.

-Sí, no he parado nada. ¿Qué tal vas?

-Tengo para tres días con todo lo que has comprado, pero vamos a vender animales la semana que viene.

-¿Ya?

-Sí también tenemos veterinario para un par de yeguas que van a parir. Y luego lunes las compras, así que tengo trabajo bastante, jefa. Al menos hasta meter lo comprado y luego ya saldré por las mañanas un trato a dar una vuelta y por la tarde y el despacho normal.

-¡Qué bien he elegido!

-Espero que no te arrepientas.

-No creo. Sabes lo que haces. Yo solo lo que me expliques por la noche después de cenar en un ratito y el resto ejercicio y estudiar.

-No piensas salir algún fin de semana.

-Cuando esté agobiada.

-Bueno, venga he puesto la mesa.

-¡Qué bueno eres!... Te veo más contento...

-Sí, anda.

Estuvieron cenando y entre ambos quitaron la mesa.

-Voy a salirme un rato al porche de fuera- le dijo ella.

-Yo también, por hoy he acabado.

-Sí, vente y me cuentas qué hiciste en la guerra.

-Te contaré mi vida, si tú me cuentas la tuya.

-Vale, pero otro día la mía.

Se salieron al porche y él le contó que su vida había sido de los más normal. Sus padres no querían rancho y vivían en san Antonio y después, se mudaron a Florida mientras él, hijo único, estaba en la Universidad de San Antonio porque le gustaba mucho el rancho y venía los fines de semana.

Estaba muy unido a su abuelo siempre, y éste le prometió el rancho cuando volviese de la ciudad hasta que él se fuese a Florida con sus padres. Pero conoció a un amigo en la Universidad Fran, y le entró el gusanillo por irse a los marines. Y su abuelo no llevó bien eso y le dijo que si volvía vivo no le daría el rancho. Pero él no lo creyó. Hasta su vuelta.

Su amigo había muerto allí.

-¿Por eso te viniste?

-No, Fran murió a los tres años de estar allí.

-Pero, ¿cuánto estuviste en la marina?

-Desde los 22 hasta hace seis meses.

-Y tienes treinta.

-Eso es.

-¿Cuántas veces has ido, se hace por misiones?

-Sí, son misiones de unos seis u ocho meses. Siempre he ido, así que adivina.

-Cinco o seis.

-Seis.

-Es una barbaridad.

-Nos pagan bien las misiones, pero no era por eso. Quería hacer algo bueno por mi país.

-¿Y lo has hecho?

-Sí.

-¿Y por qué tantos tatuajes? Solo en un brazo.

-Sí, me gustan, negros y solo en un brazo, pero tengo también en el pecho y algo en la espalda.

-Son bonitos.

-Díselo a mi abuelo- y se rieron.

-¿Estuviste alguna vez en peligro?

-Siempre se está en peligro constante.

-¿Y no te daba miedo morir tan joven?

-No se piensa.

-Bueno, ahora estás aquí. Espero que te guste trabajar estos cuatro años como si lo llevaras tú el rancho. Más adelante cuando acabe la carrera, ya veremos. Es para mí una asignatura pendiente, ¿entiendes?

-Perfectamente.

-Me enseñarás también a montar, los fines de semana. Al menos un rato que vea mi rancho.

-¿Puedo preguntarte algo, Isa?

-Sí, claro.

-¿El dinero para comprarlo era de tu marido?

-Sí. Yo no tenía nada. Es parte del rancho que le vendí al nieto del que fue propietario antes que mi marido. Se lo ganó en una partida de póker haciendo trampas, años atrás. Pero mi marido, nunca supo que era el nieto y éste no quiso que se lo rebajara. Era un hombre íntegro. Él único que trabajaba en el rancho, con él y conmigo.

-¿Solo tres?

-Sí. Y luego tenía dinero en el banco. Era un tacaño. Ahora me alegro de que lo fuese.

-¿Estabas enamorada?

-¿Con 18 años de un hombre de 45? No, Carlos no lo estaba. Nunca. Pero eso te lo cuento otro día. Estoy cansada. Voy a dormir ya.

-Y se levantó.

-Yo cierro- dijo Carlos.

-¡Está bien!, ¡buenas noches, Carlos!

-¡Buenas noches, Isa!

Y Carlos se quedó pensando por qué entonces se casaría con ese tipo...

CAPÍTULO V

La mañana siguiente Carlos, se levantó temprano, hizo sus ejercicios y se fue a dar una vuelta al rancho y a Liam. Luego volvió y entró en el despacho. Isa, se levantó cuando oyó que se iba y subió también a hacer algunos ejercicios. Estaba oxidada, hizo pocos y ya le dolía todo el cuerpo. Iría a nadar antes de comer y a andar antes de cenar. Porque iba a tirarse horas estudiando.

Al entrar Carlos, se la encontró sumergida en los libros.

-¡Buenos días!, ¿ya has empezado?

-Ya, ¿has desayunado?

--No, vengo de dar una vuelta. Todo bien.

-¿Desayunamos en el porche? Llevo una hora y me muero de hambre.

-Vale.

-Le digo a María que nos lo lleve al porche.

Y fue a la cocina y María les llevó el desayuno.

-¿Te gusta el porche?

-Si puedo, me gusta desayunar y cenar fuera. Así veo el paisaje. Son bonitos los caballos. Cuando vayas a comprar, compra blancos.

-¿Blancos?, ¿te gustan blancos?, son más delicados. Y más caros.

-Lo sé, pero me gustan, compra unos cien.

-¿Estás loca?

-No.

-¿Sabes lo que cuesta un caballo blanco?

-Sí, lo sé, pero quiero cien blancos.

-Tú eres la dueña.

-Un par de sementales, el resto yeguas jóvenes.

-Gastaremos más de lo que vendamos, así no vas a amortizar nada.

-Es solo una vez Carlos.

-¡Está bien!, es un capricho.

-Sí, me voy a dar ese capricho.

-¿Algo más?

-Nada más. Los siguientes a tu elección. Pero espero vender más que comprar, las próximas veces.

-¿Tenías caballos blancos en tu rancho?

-Todos eran blancos.

-¿En serio?, ¿todos?

-Sí, no sé si eso era más caro o barato.

-Eso da mucho dinero. ¿Cuántos tenías?

-Tenía él. Yo no tenía nada. 6000 cabezas.

-¡Joder Isabel! Espero que no te timara el que te compró el rancho.

-Para nada, se tasaron. Era un buen hombre.

-¡Qué bonito está el rancho Isa!

-Sí, es precioso. Me encanta. Está en un lugar impresionante.

-¿Puedo salir este fin de semana?

-Sabes que tienes sábados y domingos libres, claro que puedes salir. Te llevas las llaves

-¿Tú, no sales?

-Este fin de semana no me apetece. Voy a avanzar un poco, voy atrasada en lo que quería estudiar y quiero ponerme al día. Tengo una lista semanal para acabar. Si la acabo, salgo, si no, no salgo.

-¡Qué estricta!

-Sí, a veces. Pero quiero acabar en cuatro años.

Y así pasó el resto de la semana. No coincidían ni en el gym, ni en la piscina. Él procuraba meter todas las facturas y el viernes acabó. Ya solo tenía lo de diario. Y la veía menos, tenerla de espaldas a él lo ponía nervioso. Olía su perfume y le llegaba su calor.

Desayunaba con ella y sentía esa paz que necesitaba después de la guerra. Ella le daba paz. Era tranquila, a veces irónica. Otras, se quedaba mirando la nada en silencio y él respetaba ese silencio.

Hablaban del rancho, pero no volvieron a hablar de su vida. Habría tiempo.

Le encantaba estar esos momentos con ella en el porche. Parecían una pareja, era bonita, misteriosa, demasiado joven para él.

El sábado llegó y ella estaba estudiando. Carlos se levantó algo más tarde y estuvo bastante rato en el gym. Después le dijo a ella que iba a dar una vuelta a ver qué chicos se iban y volvía a

desayunar con ella y luego si tenía tiempo le explicaba todo y después se iba.

-Muy bien.

-Si quieres desayunar antes...

-No, te espero y desayunamos juntos y así me cuentas que tal.

Y así fue cuando él volvió y desayunaron. Los sábados María no iba y hacía ella el desayuno. Se metieron en el despacho y él le explicó todo cuánto había metido en el programa. Los gastos y nada de entradas porque solo había habido gastos y bastantes.

-Bueno la semana que viene vais a vender.

-Sí, yo calculo que tendrás que poner dinero si quieres esos caballos.

-¿Cuántos días tardareis en ir a comprar los blancos?

-Pues dos días, una noche fuera, generalmente Liam dice que nos quedamos en el barracón así que no gastamos salvo el gasoil y el transporte cuando los traigan . Y nos quedamos porque vamos a por los blancos. Si no, no iríamos.

-Vale.

-¿Preguntas más o menos el precio?

-Ya lo sé. Lo que no sé es por cuánto los venderemos aquí los nuestros... Liam sacará un buen precio.

-Muy bien.

-Cuando eso acabe, al día siguiente, busca blancos.

-Perfecto.

-Pues nada, no te entretengo, has hecho un buen trabajo Carlos, vete de finde semana.

-No sé si vendré a dormir y me voy de nuevo mañana.

-Como quieras. Es tu casa.

-Vale, te dejo estudiar. Voy a ducharme y me voy.

Y al rato lo vio salir con un bolso y decirle adiós.

Se quedó pensando si iba a acostarse con alguna chica. Lo más probable que sí. después de tanto tiempo en la guerra... Y era un hombre. Un hombre guapo y sexy. Estaba bueno y las chicas se morirían por él. No estaba a su alcance.

Él la vería como a una niña a pesar de todo. Había casi diez años de diferencia entre ellos y eso para un hombre era mucho. Aunque a ella le encantara. No se consideraba una niña. Por todo cuanto había vivido.

Pero tenía heridas y sobre todo no había estado con nadie, absolutamente ni un beso si quiera. No conocía nada del amor. Pero sí que sabía que a pesar de todo y aunque no conociera a más chicos, el suyo era ese. Y no lo era. Siempre iba a tener esa suerte.

Dejó de pensar y estuvo un par de horas más aplicada a los libros. Después se bañó un rato en la piscina, comió algo y se tumbó en el sofá con un vestidillo corto y se echó una siesta.

Al despertarse, se hizo un café y estuvo hasta casi las ocho estudiando.

Era tarde cuando cenó. No salió al porche porque era ya de noche.

Y ya no tenía más ganas de estudiar. Le apetecía ver una película y se quedó tumbada en el sofá dormida.

Por su parte, Carlos había estado paseando y comiendo por San Antonio. Luego tomó café y por la tarde fue a un bar de copas. Se preguntó qué hacía allí. No le apetecía nada estar allí con todas esas chicas mirándolo e insinuándose. A pesar de que había ido a tener sexo, no le apetecía nada con ninguna.

Cenó algo y pensó en Isabel. Cómo iba a pensar en una chica tan joven. Pero ella le hacía sentir bien. Era más adulta que cualquiera de las chicas que había en el bar. Sabía lo que quería. Era trabajadora y tenía metas. Podía no estudiar con lo que tenía y sin embargo quería perfeccionarse. Y era tan guapa. Parecía una muñeca pequeña. Quería protegerla y se puso duro. ¡Joder! La deseó. Deseó hacerle el amor como un loco. Tenerla en sus brazos. Y entrar en ella como un loco una y otra vez.

Debía dejar esos pensamientos. Era su jefa. Y la dueña. Y decidió volver esa noche a casa. Si quería, le enseñaría a montar a caballo el domingo, aunque le apetecía montarla a ella.

Aparcó en el garaje y entró despacio en casa. Oyó la tele bajita, a oscuras, salvo la lamparita de la mesita entre dos de los sofás y la vio tumbada y dormida en el sofá, con el vestidillo levantado y se le veía el trasero y el tanga y sí que se puso bien...

Se sentó en el sofá y le bajó el vestido. Y ella se despertó.

-¿Qué haces?- le dijo

-Se te había subido el vestido, solo te lo he bajado.

-No has querido quedarte- dijo incorporándose.

-No.

-¿No querías tener sexo con alguna chica?

-Sí, quería, pero no con cualquier chica.

-Bueno, otro día tendrás más suerte.

Y le cogió la coleta. Y la atrajo a su boca.

Y ella empezó a temblar y a él, le encantó.

-Tú no eres una mujer cualquiera -le dijo.

Arrimó su boca a la suya y la besó despacio hasta meter la lengua y jugar con la suya, y supo que no sabía besar. Y en esos avatares, le iba a enseñar a besar.

Ella gemía y se agarró a su cuello y él tocaba sus pechos por encima del vestido y le quitó los botones delanteros. No tenía sujetador y le miró sus pechos medianos y firmes, duros como él estaba, preciosos y sus pezones y ella tenía los ojos cerrados sintiendo.

Le abrió el vestido y le bajó el tanga. Y ella se dejaba húmeda y él la tocó y la sintió mojada para él y le dio alas, se desnudó y le dijo:

-Mírame Isa.

Y ella miró y le pareció un dios. Le llevó la mano a su sexo duro y ella tocó su piel de terciopelo-se besaron y perdieron la noción del tiempo. El mordía sus pezones y se volvió tan loco que entró libre en ella, algo que nunca hacía. Y entró y empujó despacio y supo que no podía traspasar su barrera si no empujaba más fuerte. Y ella fue la que empujó para que entrara todo en ella.

Y él no pudo aguantarse y gemían como un eco. Y su conexión fue brutal hasta que ella sintió en su sexo y en su cuerpo que algo pasaba y era un deseo ardiente e intenso. Su cuerpo despertaba a algo desconocido.

Y cuando él la llenó de su espuma, se quedaron quietos y abrazados. Recobrando la respiración. La besó y se echó a un lado. Beso sus pechos y la acarició y la besó. Y la abrazó posesivamente. Había sido suya y ahora sí que no entendía nada.

Ella abrió los ojos y lo miró, lo besó y se abrazó a él como si fuese todo lo que tenía en la vida.

Tengo que ir al aseo,- dijo ella y él la miró y le vio una parte de la espalda que ella se tapó rápido.

Pero qué...

Cuando ella volvió, le dijo:

-Vamos arriba Isa.

Apagó la luz de la lamparita y le cogió la mano y su ropa en otra y fueron a su dormitorio.

Cuando llegó se sentó en la cama y la sentó en sus rodillas.

Le desabrochó el vestido y ella quiso taparse.

-No, quiero verlo, Isa.

Y a ella se le saltaron las lágrimas.

-Va a ser mucho esta noche, pero es hora de saberlo todo, después de lo que ha pasado entre

nosotros.

-Carlos...

Y le dio la vuelta.

-¡Joder Isa!... ¿te lo hizo ese cabr...?

-Ven -y abrió la cama y le besó cada una de sus cicatrices. Y ella lloró como una niña.

-Vamos cielo, ya.

La abrazó y le dijo:

-Y ahora me cuentas, nena. Todo. No quiero secretos entre nosotros. Yo te he contado mi vida, y si me falta algo te lo contaré.

-Si quieres...

-Quiero y espero.

-Yo vivía en Málaga, en España con mis padres. No teníamos más familia salvo un hermano de mi padre que vivía en Montana y era abogado. Su mujer y tres hijos, dos chicas y un chico. Era mayor que mi padre, por tanto, mis primos también.

Así que a los 14 años mis padres murieron en un accidente y mi tío me trajo a Montana con ellos, pero mi tía Emily, nunca me quiso. Dormía en el altillo, pero lo prefería. Mi tío era el único que me quiso, ni mis primos, ni ella. y el verano antes de entrar a la Universidad, ellos iban a ir a universidades importantes y yo a la estatal. Siempre le decía a mi tío que no discutiera por mi culpa, porque luego, la pagaba conmigo y yo no quería contárselo a mi tío para que no sufriera.

-Vaya con su tía.

-Sí, bueno. Era un tanto especial. Ese verano mi tío murió de un infarto y mi vida volvió a cambiar de nuevo. En la comida que suele darse en los entierros, después. En España no hay esa costumbre, habló con una amiga y sabía que tramaban algo y que yo no iría a la universidad. Pensé que iba a trabajar, no me importaba. Me independizaría en cuanto pudiese. Peor no fue eso, me casó con un ranchero, cerca de Dakota.

-¿Él te hizo eso?

-Sí. Solo estábamos en el rancho el señor que te he comentado, él, y el espíritu de su difunta esposa. Era viudo. Debía tener la casa como los chorros del oro. Solo dos hombres para 6000 caballos.

-Sí, era un tacaño y yo por más que me empeñaba nunca hacía las cosas bien. estaba el rancho aislado de todo. Así que recibía palizas día sí y día también. Patadas, puñetazos y esas son de la correa. Me daba una toalla para que no gritara. No quiero mirarme la espalda, no he sido capaz.

-Maldito...

-Sí, lo era. Era malo. Menos con su primera esposa. Cuando murió, se ve que él también. Lo bueno de todo es que no quiso tocarme. En esos dos años, pedía a Dios que no entrara en mi habitación.

-Dormíais en cuartos distintos.

-Por supuesto, nadie ocupaba el lugar de su mujer. A mí, me quería como una criada.

-Era como un ratón asustado todo el día. Veía cómo me miraba con pena Lucas y yo al menos veía al día a alguien amable, pero él no podía hacer nada. Hasta que un día, dos años después vino a casa corriendo. Su caballo, al que maltrataba también le dio una coz en la cabeza y lo mató.

-Lo siento mucho Isa, pero me alegro por ese canalla.

-Yo también, si Dios quiere castigarme, que lo haga. Hasta me sentí culpable por pensarlo. Luego Lucas me compró el rancho y vi todo el dinero que él tenía, sin yo poder comprarme ni un vestido. Quise invertir en un rancho y terminar mi carrera. Y Lucas vio este. Me dijo que me alejara de allí. Sabe que estoy bien y se alegra. Le he enviado fotos de cómo ha quedado y le he dicho que estoy estudiando. Era como un padre para mí. Si me hubiese defendido, Joe, lo hubiese matado, lo sé y él también lo sabía. Pero Dios fue justo.

-¿Y no sabes nada de tu tía?

-Ni quiero, ya no tengo familia.

-Y de lo otro...

-¿Con quién? Siempre estaba asustada, vigilada, no salía.

-¿Sabes qué?

-¿Qué?

-Ahora saldremos. Necesitas respirar. Aunque tengas que estudiar. Te has comprado ropa.

-Sí, eso sí -y se reía.

-Aquí serás feliz Isa.

- Lo sé, pero también quiero que sepas que esto no te compromete conmigo en nada.

-¿Ah no?, ¿no te ha gustado?

-Pues claro bobo, pero sabes qué quiero decirte. Soy una inexperta y no quiero que me veas como a una niña.

-No te veo como a una niña. Eres una mujer especial que me gusta mucho. Todos tenemos cicatrices. Mi amigo murió allí por mi culpa. Yo era el sargento y lo envié a adelantarse para ver el terreno y murió. Lo mataron.

-Vamos Carlos, eso no es culpa tuya, hubiese muerto otro o tú mismo.

-Pero fue él.

-Nos cuidaremos juntos.

-Me conmueve tu ingenuidad y tu ternura. Y eres buena a pesar de los daños y de lo que has pasado en tu vida.

-¿Tú crees?

-Lo creo, los chicos están encantados. Le gustas a todo el mundo.

-¿En serio?

-Sí, pero no te pongas gallita, que eres mía.

Y ella lo abrazó.

-¡Qué posesivo!

-De momento, vamos a vivir eso, ¿quieres?

-Sí, claro que quiero.

-Cuando acabes la carrera ya veremos. Una cosa, no he tenido relaciones hace muchos meses Isa, pero no me he puesto preservativo.

-Tomo pastillas. Una de las primeras veces que fui a comprar fui al médico. No quería que, si me tocara, tener un hijo de ese malnacido.

-No quiero tener ahora hijos, no por mí, me encantan, quiero que consigas lo que te has propuesto.

-Gracias.

Y ahora antes de dormir, mujer inexperta, vamos a enseñarte algunas cosas.

Y bajó a sus piernas y las abrió.

-¡Ay, Carlos...

-Ummm. Ábrete y relájate nena.

-No sé si puedo relajarme.

-Puedes, te va a gustar.

Y él empezó a chuparla y ella gemía y le sostenía la cabeza, la lamía despacio o más rápido y la besaba, metía su lengua en ella. Y logró arrancarle un orgasmo que ni ella misma sabía que podía tener. Pero con ese hombre...

-¡Oh dios, madre mía!

-Estás preciosa cuando lo tienes.

-Me da vergüenza Carlos que me hagas eso.

-Cuando te haga unos cuantos, me lo pedirás tú.

Y se la puso encima.

-Me vuelves loco nena, mira cómo estoy, entráme potrilla...

Y ella lo metió dentro de su cuerpo y cabalaron juntos hasta que de nuevo se corrieron juntos.

-A este paso, aprenderás rápido.

Y ella extendió su pelo por su pecho, acariciándolo.

-Me encantan los tatuajes, me ponen.

-Mira va diciendo algunas palabras.

-No seas tontillo que me cortas- y él se reía.

-Anda vamos a dormir, hoy he hecho el tonto por ahí solo, si llego a saber que me ibas a enseñar el trasero vengo antes.

Y la cogió de espaldas y beso sus cicatrices ya ella eso le produjo una inmensa ternura. Le cogía sus pechos con una mano y su sexo y con su boca le besaba el cuello.

-Duérmete mi niña.

Y fue la primera de muchas noches que durmió en paz y tranquila, con el cuerpo y la piel de Carlos en su cuerpo. Sin tener secretos que ocultar.

Si cuando terminase la carrera se podían quitar esas cicatrices de la espalda, con láser o con algo lo haría, para estar guapa para él. Porque por primera vez se sintió mujer y quería serlo para él, la única. La mejor y tendría que mirar cómo hacer bien el amor a un hombre. Para que fuese solo suyo. Al menos el tiempo que durase, porque en su vida nada era eterno.

Y tal como se durmieron, se despertaron. Carlos le dijo que los hombres amanecían con una erección y había que bajarla y se la puso sentada encima de él, y él mordiendo sus pezones y ella hacía lo que él le decía y se moría de ganas de quedarse siempre dentro de él. Luego la puso a cuatro, y le dijo que era el perrito y agarraba sus caderas y ella tuvo otro orgasmo.

Y en la ducha tuvo el tercero de mañana, cuando Carlos la cogió entre sus caderas y la empotró contra la pared del baño besándola y hundiéndose en ella.

Luego se enjabonaron y se secaron.

Hicieron la cama y se vistieron.

-Nena me das hambre. Eres insaciable.

-Sí, seguro que yo, tengo agujetas y me duele.

-Pobrecita.

Y cuando bajaron, se metieron en la cocina a hacer el desayuno y él se puso tras ella.

-Estate quieto hombre, que verás.

Y le tocaba los pechos. Y los pezones se los pellizcaba.

-Luego probamos la encimera, ahora vamos a desayunar, no me tienes pecadora- y ella se reía.

Sacaron el desayuno al porche y él le dijo que si quería ir a montar. Y luego se daban un baño en la piscina.

-Mejor voy el fin de semana que viene. Voy a terminar un poco de estudiar.

-Pues vete, yo recojo y voy a echar un vistazo a los chicos y vengo a la una y nos bañamos así tienes 3 horas sin que te moleste.

-Está bien.

-Si quieres podemos ir por la tarde.

-Mejor. Probaremos un rato.

-Esa es mi chica, y le dio en el trasero.

-Que yo recojo, mujer.

-Vale voy al aseo a lavarme los dientes.

Y se metió en el despacho a estudiar.

-Cuando se iba, entró y la besó en los labios.

-No hagas de comer. Me traigo del barracón.

-Mejor. Había pensado ir los sábados y domingos a comer allí y a cenar.

-Pues vamos, se lo digo a Nino. Así no tenemos que perder ese tiempo y a él le da igual. O a su ayudante, si Nino sale.

Cerró la puerta y ella puso el aire, aún hacía calor, y estaban a finales de septiembre, pero era Texas.

Y no quiso pensar nada, iba a vivir y a estudiar.

Y se le pasó el tiempo estudiando un tema, que era lo que tenía programado para esa semana. Acabó de repasar en la hora hasta las una y dio por concluida esa semana y la semana siguiente tenía otros tres temas para estudiar y hacer además los test de lo que llevaba. Pero no pensaba salir. Además, Carlos se iba una noche y aprovecharía. Debía cumplir lo que se había programado si quería aprobar el primer semestre. Y el tiempo pasaba rápido.

Y a la una y media acabó.

Él la esperó en la piscina y ella fue después...

-Menudo cuerpo viene- le dijo silbando...

CAPÍTULO VI

Ella se sentía feliz al verlo. Era tan guapo, tan todo... Se sentía inferior y no debía. Él la veía guapa y la miraba con ojos de deseo y era suya, ahora era suya y Carlos era suyo. Y debía ser feliz si Dios le había puesto a ese hombre en su camino. Por algo sería.

Lo malo es que iba a enamorarse de él, estaba segura. Nunca se había enamorado, nunca había sentido esa sensación, pero estaba sintiendo cosas en tan poco tiempo que podían hacerle daño en un futuro.

No pudo pensar más por qué él la cogió de la mano y la tiró el agua y allí jugaron e hicieron el amor, hasta que decidieron salir a comer algo.

Carlos se había traído comida del pabellón y después ella hizo un café y tarta. Y se echaron un ratito a dormir y de nuevo él le enseñó otra postura. Pero ella quería darle una sorpresa por la noche.

Cuando despertaron fueron a montar un rato. Preparó el caballo y la montó tras él y luego se montó él.

-Agárrate nena, sin matarme.

-¡Ay qué alto Carlos!- Y se agarraba a su pecho o a su cintura como él le indicó.

Fue relajándose y disfrutando del paisaje y la puesta de sol, de los caballos a lo lejos, del riachuelo.

-¡Me encanta mi rancho!- le dijo al oído- y Carlos sonrió.

Se sentaron cerca del arroyo para ver la puesta de sol y después bajaron. Se dieron una ducha, cenaron y ella cuando se acostaron se desnudó y fue a su sexo alerta.

-Nena, pero qué...

-Shhh- te toca.

Y empezó a lamerlo a chuparlo y a chuparle su nubes de plata mientras lo movía como el aire en un suspiro,

-¡Joder Isa!, me matas nena. Métela en la boca o me voy a correr.

-No tengas prisa, -le decía ella, peor él no aguantaba y gemía y su cuerpo se estremecía de placer hasta que lo metió en su boca y fue un beso negro de muerte , y en unos cuantos vaivenes él se corrió sin poder remediarlo.

-¿Dónde has aprendido eso mujer?

-He leído esta mañana.

-Eres tremenda.

-Sí, pero quería hacerlo quiero que te guste lo que te hago yo también.

-Al final serás la experta tú.

Así pasaban los días y tenían su rutina. Ganaba dinero el rancho porque Isa sabía que Carlos lo gestionaba bien y como estaba previsto, se enamoró de él. Aprendió a montar, Carlos le compró una yegua blanca y mansa a la que puso Blanca.

Salían una vez a la semana a cenar o a bailar, a pasear, a ver la ciudad y algunos pueblos de alrededor. Celebraron Acción de Gracias y la Navidad decoraron el rancho y comieron todos juntos en el pabellón, los que no se fueron de vacaciones.

En fin de año, después de cenar fueron a ver los fuegos y a bailar.

Y al llegar de nuevo el verano, había cumplido 21 años y ya tenía un curso aprobado.

Y así pasaron los cuatro años hasta que se graduó.

Había conseguido su propósito. Una de las metas que quiso.

Carlos, había tenido vacaciones esos años, ella no estudiaba y estudiaba y cuando Carlos se iba a ver a sus padres y pasar allí sus vacaciones, ella se quedaba, por más que él insistía.

Pero ese verano, sí iban a ir los dos y dejarían a Liam al cargo del rancho, ya pasarían las facturas y entradas a su vuelta.

Él asistió orgulloso a su graduación y le hizo fotos. Y esa noche se quedaron en un hotel de San Antonio.

-¿Dónde vamos de vacaciones nena? Porque ahora sí que vamos juntos- le preguntó Carlos después de hacer el amor.

-Elije, yo pago.

-Ricachona eres ¿eh?

-Me gustaría ir fuera del País.

-Pues nos vamos.

-A los países nórdicos , a Grecia, a París o Roma, si quieres a España... a Nueva Zelanda o... elije.

-No sé, me gustan todos. Vamos a estar al menos 20 días o un mes, me lo merezco. No me importa lo que gastemos. Me gustaría ver las tumbas de mis padres, podemos ir a Málaga primero, ver Andalucía y sus playas y luego desde Málaga ir a Grecia o a los países nórdicos... Elije tú.

-Te gustarán los fiordos.

-Pues elegido. Mañana vamos a ver a una agencia de viajes. Y dejamos todo listo.

-Entonces ven aquí te necesito.

-Siempre me necesitas, sargento. Estás en guardia siempre.

-Ya no soy sargento, pero en mi defensa diré que el arma está cargada y preparada para ti.

-Ya lo veo, ya...

-Mejor tocas.

-O mejor...

-Eso me encanta... ah dios nena más despacio Isa, ¡joder!...

Había aprendido mucho sexualmente, con él. De ser inexperta, en cuatro años había aprendido a amar a su hombre, a sus tiempos. A saber, qué le gustaba y qué le hacía feliz, a decirle y susurrarle palabras al oído. A adivinar qué quería y en qué posición con tan solo mirarlo.

A los dos días se fueron de vacaciones. Liam se había quedado a cargo del rancho hasta que volvieran y luego se fuesen ellos.

Era la primera vez que visitaba la ciudad donde nació. Había cambiado o ella tenía remotamente otra visión de ella. Era preciosa. Hacía diez años que no iba y se acordaba de dónde vivía de alquiler con sus padres. Y pasaron por allí y también por el cementerio. Sus nichos olvidados, le dio pena y los arregló, los limpió a fondo y les puso flores de tela que duraban más. Se emocionó con las fotos que había. Eran tan jóvenes... se parecía a su madre, eso le dijo Carlos.

Después de estar unos días por Andalucía con un coche alquilado, volvieron a Málaga y de allí a Oslo. La temperatura había cambiado, pero la ciudad y el itinerario que llevaban para ver todo o más importante era maravillosos. Otro mundo, los fiordos eran impresionantes, las casitas maravillosas y las cosas carísimas. Era la ciudad más cara del mundo. No le importó. Iban con todo incluido salvo lo que quisieran comprarse.

Dejaron su marca de amor allí. Era su país favorito en cuanto lo vio.

-Tierra de vikingos, nena. ¿Quieres un vikingo en tu cama?

-Pues solo te falta el pelo largo y pelirrojo. Lo demás lo tienes.

-Tengo todo lo que te gusta. Ven con tu vikingo vaquero.

Y ella fue a besarle a amarlo en silencio, a comer de su sexo duro y chuparlo y dejarlo morir lentamente, languidecer eterno, oír gemir a Carlos, era para ella poseer un poder sobre su vaquero. Que él la penetrara era ser suya. Mojarle hasta que él la cubría con su manto blanco de deseo y pasión, de lujuria y sexo.

El sexo nunca les faltaba. Carlos era demasiado pasional y a ella le encantaba. Para él nunca era suficiente en cualquier esquina. Quería que en casa estuviese siempre con vestido o falda para él. Decía que era más accesible. Isa le decía que era un morbosos. Pero esa mujer cumplía todas sus

expectativas en el sexo, porque la había hecho él a su imagen y semejanza a lo que le gustaba y a lo que a ella le gustaba y su conexión era profunda y especial.

Y una de las noches, antes de irse a Finlandia , le dijo que la quería.

-Te quiero Isa.

-¿Me quieres?

-Sí, estoy locamente enamorado de ti, nena. Me tienes loco. No es solo sexo, te lo juro, pero te llevo diez años y eso me preocupa. Fíjate eres tan joven, no has vivido salvo conmigo, no has conocido a otros hombres y me pondría muy celoso.

-¡Qué bobo eres! Te quiero. Eres mi primer y único hombre y no me importa la edad. Yo también te quiero mi amor.

-¿De verdad? ¿Te casarías conmigo?

-Sí. Por supuesto que me casaría contigo. Sin pensarlo.

-Tenía miedo. Por eso no tengo anillo. Pero volverás con uno al rancho. No quise decírtelo hasta que acabaras tu carrera. Pensaba incluso irme a Florida, si no querías que estuviese allí contigo.

-¿Y dejarme sola?

-Aunque me doliera.

-Me dolería a mí si lo hicieses.

-Es que no sé qué tienes pensado hacer, mujer. Ya puedes llevar tú sola tu rancho.

-Es nuestro.

-Es tuyo Isa.

-No, si me caso contigo.

-No quiero que hagas eso.

-Carlos tu abuelo lo hizo a propósito. Yo solo tendré aparte lo que he ahorrado y lo que tenía y tú lo tuyo, el resto, cuando volvamos será de los dos. Empezaremos de nuevo. Pondremos una cantidad cada uno y seguimos funcionando. Yo haré más de despacho y tú de campo y despacho y compraremos más caballos.

-Estás un poco loca ¿sabes?

-Sí, pero compraremos unos dos mil más.

-Solo hay dos camas más en el pabellón

-Pues contratamos a otros dos chicos. Nos basta. Iremos al banco y al notario y pondremos a nombre de los dos el rancho.

-Solo si yo pago la boda.

-¿La hacemos en el rancho?

-Sí. Si tú quieres...

-Me encantaría en la explanada.

-Ya pensaremos, tengo pensado hacerte otra cosa, novia.- y ella se reía, hasta que empezó a gemir.

Visitaron Finlandia y Suecia y volvieron por Florida a ver a sus padres y al abuelo.

Y allí le regaló el anillo.

Y ella se emocionó tanto...

El abuelo, los abrazó.

-Sabía que eras perfecta para mi chico en cuanto te vi. Demasiado joven, pero más adulta que él. Y mira ahora vas a compartir el rancho con él. Es de los dos. Así que Carlos, espero que la cuides.

-Y yo espero que venga a ser mi padrino.

¿Yo?- dijo el abuelo, pero si llevo una muleta ya y todo.

-No tengo padre ni familia y quiero que sea usted. Gracias a eso encontré al amor de mi vida.

-Lo seré hija, no lo dudes.

-Y si quiere quedarse en el rancho, sigue siendo suyo.

-¡Ah no!, vivo en mi casa al lado de mi hija. No me gusta molestar a nadie.

-Bueno, verá los caballos blancos que he comprado y cómo arreglé la casa, no ha vuelto a ir.

-Porque mi nieto ha venido a vernos.

A sus padres les encantaba Isa. La veía joven para su hijo, pero era preciosa y él muy enamorado de ella y ella enamorada de él. Y su generosidad con su hijo era aplastante.

Cuando se fueron de Miami, iban contentos.

Cielo a mis padres les encantas.

-Lo sé, a tu abuelo también. ¿Has visto la cara que ha puesto cuando le he dicho que el rancho sería de los dos? Se le han iluminado los ojos. Te quiere Carlos. Y estoy feliz. Tengo una familia de verdad.

-¿Y niños no quieres tener?

-Sí, dame un año que disfrute de ti sin estudios y me ponga al día con el rancho. No todo lo sé

llevar. Si Dios quiere, cuando vengamos el año que viene de vacaciones, nos ponemos manos a la obra.

-Me parece bien, que tenemos boda. En octubre.

-Quedan dos meses y medio, loco.

-Antes del invierno que hay más trabajo en el rancho.

-Bueno, si vamos a hacerlo, cuando quieras.

-Llamaré a una organizadora. Ya te he dicho que yo la pago.

-Mi vestido, no Carlos.

-Bueno, sólo te dejo eso. Tú eliges cómo quieres casarte cielo, no importa lo que quieras o te guste, quiero que ese sea tu día. Un día especial. Te lo mereces.

-Será nuestro día.

Por fin llegaron al rancho y descansaron esa tarde y la noche y al día siguiente se levantaron tarde.

Desayunaron en el porche mientras María deshacía las maletas y ponía lavadoras.

-¿Qué vas a hacer?- le dijo Carlos.

-Guardar los libros, ordenar y creo que voy a encargar dos mesas de despacho para los dos y ponerlas de lado como está la tuya. Voy a comprar pc nuevos. Mañana voy a San Antonio y me doy una vuelta al cuerpo, también, y miro a ver qué hace falta de papelería y demás. Peluquería y ya sabes. Vengo para la cena ¿Y tú?

-Llamaré a la organizadora que venga pasado mañana a ver el rancho y que traiga todo y voy a meter todas las facturas, antes voy a ver a Liam que me dé el parte. Quizá haya que ir a comprar o vender. Y si hace falta gasoil o lo que sea... Eso en cuanto desayune y echaré un vistazo al campo, vengo para la comida, si tardo como con los chicos.

-Vale. Me avisas.

-Y por la tarde vengo al despacho. A ver si entre hoy y mañana, termino.

CAPÍTULO VII

Así cuando llegó Octubre su boda estaba ya en puertas, estaban emocionados, terminaban de colocar las sillas y el arco de flores donde iban a casarse.

Unas mesas cerca para la comida y el baile. Ya lo tenían todo preparado. Los padres de Carlos y su abuelo, habían venido al rancho unos días antes. Les encantaba cómo estaba el rancho y el abuelo miraba los caballos blancos.

-Son cosa de Isabel, abuelo. Su rancho era sólo de caballos blancos.

-Son preciosos, puedes aumentar si paren las yeguas.

-Si ya tenemos unas cuantas yeguas y potros.

-Ha dejado el rancho precioso. ¿Y cómo vais a llevar todo?

-Vamos a poner cada uno un dinero en la cuenta del rancho y nuestras nóminas y luego cada uno tendrá lo que tenga.

-¿Y tú cuánto tienes?

-Y se lo dijo a su abuelo.

-¿Y ella?

-No lo sé abuelo, tendrá algunos millones.

-Pero si va a poner el rancho a nombre tuyo también...

-Si. Es demasiado generosa.

Y el abuelo más tarde habló con Isabel.

-¡Hola muchacha!, sentémonos en el porche mientras trabajan para mañana. Es el gran día y hablemos un rato. El resto ha ido a dar un paseo.

-¿Quiere café?

-Bueno, un cafetito.

Y María se los trajo.

-¿Puedo saber qué dinero tienes?

-Abuelo... se lo digo porque es usted.

Y se lo dijo.

-Voy a darle lo mismo a mi nieto. Bueno, lo mismo menos lo que tiene. Esa es la razón por la que te lo he preguntado.

-¿Para qué?

-Para que lo juntéis. Aunque tú pongas el rancho para los dos. Peor así no tenéis que partir nada. Todo lo vuestro es vuestro.

-Abuelo, pero se va a gastar..., ¿y su vida allí?

-Tengo dinero, tenía del rancho y lo que me pagaste por él.

-¿En serio quiere hacer eso?

-Por vosotros sí, ¿a quién le voy a dejar lo que tengo? Se lo prometí. Al menos que esto lo haga bien. Es un regalo de boda. Y tú harás que sea por los dos.

Y ella se emocionó y lo abrazó.

-No quiero que él se sienta inferior a ti. Cuando yo falte, lo que me quede y mi casa, será para él y otra igual para sus padres.

-Es usted muy generoso.

-No menos que tú y él lo pondrá para los dos, por vuestro rancho. ¿Lo amas?

-Más que a nadie en la vida.

-Te lleva diez años, niña.

-No me importa abuelo. Es y ha sido mi único hombre.

-Pero si te casaste...

-Sí, pero nunca se acostó conmigo, ni me tocó en ese sentido. Lo suyo fue pegarme.

-¿Qué me dices niña?

-Sí -y le enseñó las cicatrices.

-Pobrecita.

-Se las enseño porque su nieto me ha enseñado a que no son para esconderlas. Algún día me operaré y desaparecerán.

-No te hace falta si él te quiere así. Pero..., ¿cómo se le hace eso a una chica joven?

-Eso era joven y no sabía nada de la vida. Me casaron abuelo. Y le estuvo contando la historia y el abuelo se echaba las manos a la cabeza.

-Ven aquí y me das un abrazo. No soporto estas cosas.

Y cuando se abrazaban Carlos la vio de lejos. Algo le habría dicho el abuelo.

-Mira el abuelo y tu chica abrazándose- dijo el padre.

-La quiere como a una nieta- dijo la madre.

-Es tan maravillosa y especial... La amo.

-Espero que la cuides también mi hijo. Es mucho más joven que tú y cuando te mira eres un dios para ella.

-Ella es una princesa para mí.

Y cuando llegaron al porche los padres entraron dentro y Carlos se quedó con el abuelo y ella y el abuelo, le dijo lo que iba a hacer.

-Pero abuelo, no hace falta que...

-Sí, quiero que todo sea de los dos.

-Tu abuelo quiere. Es un regalo que nos hace Carlos.

-Mientras no te quedes sin nada...

-No me quedaré...

-¿No quieres venirte al rancho?

-La pierna me va mejor allí. Es mejor ese clima. Y estoy bien. Veo algo más que el rancho.

-¡Esta bien! Iremos a verte de vez en cuando y se hará lo que quieras.

Llevar a su nieta ya oficial al altar, al abuelo le produjo una gran emoción. Era la novia más bonita que había visto cuando se la dejó a su nieto bajo el arco de flores. Y Carlos tan grande y alto, la vio de verdad como una princesa. Le levantó el velo y empezó la ceremonia.

Todo fue hermoso y ellos ya de madrugada se fueron a un hotel de San Antonio a pasar el día. Pues al siguiente se iban sus padres.

Decidieron no ir de luna de miel, ahora había mucho trabajo y tenían que arreglar la documentación del rancho y demás. Aprovecharían para ir a lugares los fines de semana.

La noche de bodas, o la mañana de bodas, fue romántica, él lo quiso así, a pesar de lo pasional que era. Hicieron el amor hasta ver amanecer por la ventana.

Cómo las calles se levantaban un domingo, tarde, eso sí. Se asomaron a la ventana y él la cubría delante suyo con un sábana y le besaba el cuello apartándole el pelo.

-Señora Parker, ¡qué bien suena!

-Ummm... Sí suena bien, la señora de Carlos Parker, el vaquero más sexi de San Antonio, y es mío.

-¡Qué tontilla eres!

-Para mí eres el hombre más sexi de la tierra.

-Y tú la más bonita que he conocido, buena y generosa.

-En cuanto pase el invierno, voy a ver si me quito las cicatrices.

-A mí no me importan, guapa, son bonitas.

-Pero me recuerdan cosas horribles que viví.

-No pienses en eso ahora, voy a recordarte un número.

-Me lo imagino- reía ella.

Y se la llevó a la cama. Le encantaba el 69 y lo hicieron con ternura.

-¡Oh joder, nena!, no puedo contigo, sabes bien, hueles bien y lo que me haces siempre...

-Para que no me dejes.

-¡Ah sigue Isa, nena, sigue!, -y ella seguía y se corrían los dos juntos. Y se quedaban un rato en sus sexos.

Su amor era un amor entre besos y abrazos dormidos. Ella miraba sus alianzas preciosas de oro blanco finas, y su anillo de compromiso. Sabía que estaba enlazados de por vida. Ella haría eso con él. Había encontrado un buen amor, su amor. Valía vivir esa vida con él y si tenían hijos... pero quería ser bonita para él y esas diez cicatrices que él le contó una noche, quería que desaparecieran.

Tenían todo para ser felices. Hizo bien venirse esos años antes a Texas, porque valía la pena vivir allí. Era todo cuanto amaba, quería y necesitaba.

Los trabajadores eran su familia, María era como su madre y ese hombre la volvía loca de deseo. Le provocaba humedades. Le provocaba todo lo bueno del mundo. Y le iba a dar hijos, porque sabía que era como ella hijos únicos y quería hijos.

Así que cambiaría un poco el tiempo.

Cuando se fueron sus padres, al día siguiente el martes fueron a arreglar todo en el banco y en la notaría.

Y para finales de octubre, el rancho era de los dos y juntaron las cuentas en dos, una de ahorro y otra del rancho. Y ambos llevaban todo.

Y uno de los días ella fue a un cirujano plástico a San Antonio. Le dijo que iba de compras para el invierno y eso hizo para los dos, pero también pasó por el cirujano. Era reconocido y prestigioso y le enseñó la espalda.

-¡Dios mío! Eso no es de un accidente.

-No, no lo es. Mi primer marido me maltrataba.

-Pero eso tiene ya años

-Sí, de seis a cuatro. ¿Cree que pueden desaparecer con láser?

-Sí pueden desaparecer. Son diez, va a ser caro.

-¿Y doloroso?

-No, solo anestesia local.

Y le explicó el tiempo que tardaría en quitarlas.

-¿Cinco meses?

-Cinco estas, sí. Se hacen en varias sesiones. Y no se trata de hacerlas desaparecer del todo, sino de alisarlas, algunas más superficiales sí desaparecerán, peor estas tres... Bueno haremos lo que podamos.

-¿Tengo que ingresar?

-Nada de eso. Solo tiene que venir, lo haremos en varias sesiones todas a la vez.

A las dos horas después de la anestesia local, se va a casa, y viene la semana siguiente. Cada semana, durante cinco meses.

-Bien.

-Si empieza la semana que viene, noviembre creo que podemos hacer mucho. Por esas cicatrices.

-¿Y el precio?

-Es algo caro. Son cinco meses.

-No me importa.

-Pues cada sesión son 11.000 dólares, 2000 por cada cicatriz y 1000 la anestesia, si son cinco meses, cada semana, poco más de 1000.000 dólares.

-Pues me apunta.

-Le voy a dar una lista de cosas que no puede comer durante el tratamiento. Ni tomar el sol en esa parte del cuerpo.

-Vale.

Y salió contenta, tenía cita todos los miércoles.

Y cuando llegó al rancho cargada de ropa y cosas de aseo. Carlos, le dijo que era exagerada, pero le encantó lo que ella le compró.

-A ver si alguna vez vienes y eliges tu ropa nene.

-Me eliges bien y me cansa ir de tiendas.

-Pero Carlos, quiero que tú elijas, ¿qué haces?

-Metiendo facturas, dame esas.

-Coloco y vengo, que tengo que decirte algo.

-Vale, ya mismo tenemos Acción de Gracias, ¿vamos a celebrarlo como el año pasado?

-Sí, compramos para los que se queden y comemos con ellos juntos en el barracón y en Navidades igual. Decoramos todo, tenemos la decoración arriba en una de las habitaciones. En el altillo del vestidor de tu antiguo cuarto, de un día.

-Guasona, anda dame un besito.

Y cuando acabó de colocar y bajar las cajas y las etiquetas y dejar lo de plancha para María en la otra habitación...

Fue al despacho y lo abrazó por detrás dándole besitos.

-Nena, estate quieta, que me queda poco

-Te cuento mientras.

-Vale.

-He estado en un cirujano plástico.

-Que has estado...

-Sí, voy a quitármelas antes de tiempo. Y le explicó cómo era el proceso.

-Voy contigo si son dos horas, voy.

-No hace falta Carlos.

-Voy contigo.

-Vale.

-Me va a costar algo más de 100000 dólares.

-Lo que sea, si quieres hacerlo.

-Y cinco meses. Para finales de marzo acabado. Me han dado garantías, no es doloroso. Pero no puedo comer nada de esta lista esta, ni ponerme al sol durante el tratamiento.

-Bueno, ahora no hay sol.

-Por eso.

-Tengo cita para el miércoles que viene, la primera. Temprano.

-Desayunamos y vamos.

-¿Te quiero sabes?

-Y yo a ti.

-Nunca me dices que no a nada.

-Nunca te lo diré, si es por lo que has pasado y sé cómo eres. Sé que esto te hace falta.

Y ella lloró sobre él.

-Vamos bobita, eso ya pasó.

-Sí, ya pasó. Ahora te tengo. Y me encanta que tengas tu rancho.

-Nuestro rancho, nena.

-Tú lo disfrutas. Eres el jefe.

-Soy tu dueño.

-¡Qué posesivo eres!- se reía Isa.

-¿Qué has comprado?

-Cosas bonitas y tu perfume y tus cosas caras de aseo.

-No tengo más lujos, cielo.

-Me gusta que huelas bien para mí.

-Ya he acabado. Vamos al salón y cierro esto. Te tengo ganas, has estado fuera casi todo el día.
¿Has comido?

-Algo sí.

-Pues voy a comerte ahora.

-Necesito antes una ducha.

-Pues vamos a la ducha. Yo sé que te gusta la ducha.

-Me moriré un día contra la pared.

Y le dio en el trasero.

-Vamos nena.

Y como siempre la empotraba contra la pared de la ducha hasta hacerla gemir de placer y vaciar su placer con la espuma del baño en una ruleta de espuma.

-Me gusta tu pene.

-Y a mi tus tetas y tus pezones.

-¿Me serías infiel?- le dijo ella.

-Nunca-Lo que es mío es mío y no necesito a otra. Eres joven, eres guapa, eres mi alma.

Y ella se abrazó a él.

-Y espero que tú tampoco lo seas.

-Nunca a mi primer hombre. He nacido para ti. Si tuviera mil vidas, vendría a Texas a buscarte.

-¡Qué exagerada eres!

-Sí, por ti, al fin del mundo.

-Vamos mi niña, nos enfriamos.

Y volvieron a hacer el amor en la cama de nuevo.

Y luego bajaron a cenar.

Recogieron y vieron una película. Él la acariciaba.

-¡Me encanta esta peli!, la he visto unas cuantas veces.

-Eres una romántica.

-Sí, El diario de Noah, es fantástico. Si alguna vez me sucediera eso...

-Haría lo que hace él. Nunca te dejaría.

Pasó noviembre con mucho trabajo y las fiestas de Acción de Gracias. Él la acompañaba al cirujano.

Pasaron las Navidades, preciosas y llegó marzo y no tenía apenas en su espalda cicatrices. El médico dio por concluido su trabajo.

-¿Se me notan?

-Nada, hemos podido quitar casi todo, apenas en un par de ellas, un levísimo rastro. Pero ni se nota. Puede ponerse un gran escote en la espalda.

-Gracias doctor.

Y se fueron a casa.

-Me ha costado un pico.

-Lo tenías. No pienses eso ahora.

-Has quedado como querías, ¿te has visto la espalda?

-Sí, no se nota, ¿verdad?

-Para nada. ¿Estás feliz?

-Mucho.

-Pues eso es lo importante cielo. Vamos a casa. Aquí hemos terminado.

-¿Quieres que hagamos un bebé?

-¿Lo dices en serio?, ¿no dijiste después de las vacaciones?

-Podemos esperar un mes por lo del láser y en abril empezar a buscarlo, quizá tardemos.

-Nena, nena, nena, me vas a volver loco.

-Si, quiero que tengamos ya hijos. Iré a la ginecóloga el mes que viene. A que me quite las pastillas.

-Quiero un chico.

-Claro se lo digo a la ginecóloga. MI marido quiere un chico.

-¡Qué boba!...

-Seré madre a los 25, ¡qué joven!

-Y yo a los 35, ¡qué viejo!

-Pero si haces ejercicio a diario...

-Y tú también.

-Pero estás muy bueno.

-¿Ah sí?

-Sí.

-Me lo dices en casa antes de ir al campo.

-Repetido.

-Loca.

-Bobo.

-Tontilla.

-Bandido.

-Anda sube al coche.

-¿Y si tenemos un niño?, qué nombre le vas a poner.

-¿Tú tienes alguno?- le dijo él mientras conducía.

-Mi padre se llamaba Mauricio, ese no me gusta. Y mi tío David, tampoco, será de los tuyos, Carlos.

-¿Como yo?

-¡Qué mejor nombre! Carlos junior, me encanta, o el de tu abuelo, Izan, es bonito también, y es el de tu padre.

-¿Y si es niña?

-Pues mi madre se llamaba Paz.

-¡Qué bonito!

-Sí. Y la tuya se llama Emma, las dos me gustan.

-Pues lo echaremos a suertes.

Y en abril estaba quitándose de las pastillas y en junio estaba embarazada de su primer hijo.

Cuando se lo dijo a Carlos, este se volvió loco.

-¿Sabemos qué es?

-No, si estoy de mes y medio hombre. En agosto a finales o septiembre nos dirán algo, pero es uno.

-Bueno a ver.

Esas vacaciones las cogieron en julio y fueron cerca y en coche. Fueron a nuevo Méjico, a Arizona, a Nevada, pasaron por Las Vegas y ella se lo pasó en grande. Visitaron algunos lugares y descansaron en los Ángeles, en Santa Mónica. Vieron algunas casas de los actores famosos, y descansaron en la playa.

A ella ya se le notaba un poco la barriga, no mucho, pero él la cuidaba como si fuese de algodón. No quería hacerle el amor como cuando se lo hacía de forma más bruta, y hacía que comiera sano.

-Menudo padre... Me vas a matar de hambre.

-Sé lo que hago, que luego te vas a quejar de que estás gorda.

-Tengo piscina, campo para andar y un gym.

-Lo sé nena, pero yo me cuido contigo.

Fue un mes maravilloso, pero cuando volvió a casa, Liam se fue y María y ella se encargaba de

la casa y él del rancho y entre ambos del despacho. Las compras las hacía ella.

Y en septiembre cuando volvieron Liam y María, descansaron un poco de ese estrés, fue a la ginecóloga y le dijo que era un niño.

Y estaba deseando llegar al rancho porque era lo que Carlos quería. Y tenían que pensar en habitaciones compras...

Pero conforme iba llegando al rancho había dos coches desconocidos y a ella no le dio buenas vibraciones.

Bajó del coche con sus informes y entró en casa.

-María le dijo:

-Tienes visita y una llamada urgente.

-¿Les has puesto café?

-Sí,

-¿Quiénes son?

-Dice que tu tía Emily y tus tres primos.

-¿Cómo? ¿Y la llamada?

-Lucas, del rancho anterior,

-Voy al despacho. Y cierro

-¡Hola Lucas!- lo llamó.

-Hola cariño!, ¿cómo estás?

-Embrazada de un chaval.

-Lo que ha cambiado tu vida, mi niña...

-Sí, la verdad.

-Has hecho una carrera.

-Me quité las cicatrices Lucas.

-¿En serio?

-Sí, desaparecieron del todo, bueno casi casi del todo. Y él se rio.

-¿Tienes caballos blancos?

-Todos.

-Deberías venderme.

-Cuando quieras.

-Te llamo esta semana y tratamos.

-Perfecto. Bueno, ahora dime.

-Tu tía ha pasado por el rancho y se ha enterado de que Joe murió hace cuatro y que te fuiste.

-No le he dicho dónde.

-¿Cuándo fue?

-Hace un mes.

-Pues la tengo en el salón, voy a ver que quieren.

-Seguro han contratado a un detective. Quieren dinero. Seguro sabe que vendiste este rancho, pero yo le dije que me lo diste. Y que solo te llévate el poco dinero que tenía.

-No, la vi convencida.

-Te llamo esta semana Lucas gracias, resérvame potras .

-¿Cuántas quieres?

-Todas las que tengas.

-Esos son muchas hasta Texas. En camiones y te pago la ruta.

-70 y tres sementales.

-Perfecto, ven tú y ves mi rancho.

-A lo mejor no creas.

-Vente, tengo ganas de verte. Lo que me cueste me da igual, sé que me tendrás buenas potras.

-Para ti, las mejores y vacunadas.

-Gracias. Tú me avisas cuando puedas. Lo que tengas, te lo compro.

-Iré la semana que viene.

-Perfecto.

-No sé el día, y lo que tardaremos, te aviso.

-Tengo tantas ganas de verte, Lucas...

-Y yo.

-Bueno voy a ver qué quiere, ya te cuento la semana que viene.

-Se fuerte y no les des un dólar.

-De eso no te quepa duda.

Y entró al salón.

Y su tía se levantó con un pañuelo en la mano.

-¡Vaya!, ¡qué visita! Mi tía y todos mis primos.

Iban a darle un beso, pero ella se sentó.

-¿A qué se debe la visita?

-Nos enteramos de que tu marido murió.

-Sí, hace casi cinco años ¿y qué?

-Pues que sabemos que te dejó el rancho y dinero.

-No, era un tacaño que me maltrataba, he tenido que quitarme las cicatrices con láser. Mi nuevo marido las ha pagado. Yo no tenía nada. Fui una criada. Gracias a ti, tía. Estaba viudo y lo sabías. Me casaste con un viudo que me triplicaba la edad, tacaño y maltratador. Ni podía comprarme un vestido en cuatro años, vamos ni bragas- y se miraron entre ellos.

-Pero ese rancho costaba una fortuna con los caballos blancos.

-¿Cómo sabes que tenía caballos blancos?

-Fuimos a verte.

-¿Por qué motivo?

-Por si estabas sola cuando murió.

-¡Qué buenos!, mira tú, preocupados por una viuda de 20 años.

-Nos seas así- dijo su tía Emily. Siempre nos preocupamos. Te dimos casa.

-Es cierto por mi tío, no porque me quisieras ni tú ni tus hijos.

-Son tus primos.

-No tengo familia Emily. Así que qué quieres.

-El rancho no era de él, se lo había jugado su abuelo al abuelo de Lucas, el verdadero dueño del rancho, por eso lo aguantó, solo trabajando como un mulo. Haciendo trampas en el póker. Y yo se lo regalé.

-¿Que se lo regalaste, después de todo?

-Era suyo.

-Eso cuesta una fortuna con los caballos blancos.

-Estás muy informada tía, pero no quería nada de ese hombre, solo irme lejos. Tenía casi lo justo

en el banco y Lucas me dio algo más. Había un puesto de trabajadora aquí y el nieto del dueño se enamoró de mí y me casé con él, pero nada es mío. Es todo suyo. Yo he tenido suerte de disfrutarlo. Ahora vamos a tener un hijo. Y tenemos gastos. Así que dime qué quieres.

-Tus primos querían poner un negocio y yo sabes que no tengo...

-Mi tío tenía un bufete.

-Pero lo vendí.

-¿Y el dinero?

-El dinero se va.

-Pues trabaja y haz que vuelva. Si has venido por eso no puedo ni prestarte, y después de que Carlos mi marido ya sabe mi historia no te va a prestar nada, te echará con cajas destempladas.

-Estamos en la bancarrota hija, hemos venido de muy lejos. ¿No podemos quedarnos?

-Ni lo sueñes. Esperad aquí.

Fue al despacho y cogió cuatro sobres.

Y subió al dormitorio y metió cinco mil dólares en cada uno. Estaba en paz.

Bajó y le dio un sobre a cada uno.

-Es lo máximo que puedo daros y Carlos se enfadará si lo llega a saber, no tengo más ni os daré más. Lo siento.

-¡Está bien!

Se levantó su tía.

-Gracias.

-De nada, os acompaño a la puerta.

-Tía- le dijo antes de subir al coche

-Dime...

-No vuelvas. No existo. ¿Entendido?

-Sí, vámonos-Les dijo a sus hijos.

Y salieron en los dos coches del rancho. Pero Carlos los vio y al llegar a su altura, él dijo:

-¿Quiénes son?

-No te lo vas a creer, mi tía Emily y sus tres hijos.

-¿En serio?, ¿cómo saben dónde estás?

-Un detective... Me ha llamado Lucas.

-¿El del rancho anterior?

-Sí.

-Les he dado 20.000 dólares y que no vuelvan.

-Pero Isa...

-No volverán. No me importa. Si lo necesitan, por lo que gastaron en mí. Estoy en paz.

-Vale. ¿Cómo estás?

-Perfectamente, tú hijo Carlos también.

-¿Cómo?

-Que vamos a tener un chico, lo que querías.

-Ven aquí, eres tan buena, que a veces...

-Soy tonta, lo sé.

-No. Eres buena.

-Otra cosa, nos van a traer potras blancas del rancho de Lucas y tres sementales.

-¿Cuántos?

-Unas 60 y tres sementales.

-¿Estás loca?

-No. Me encantan esas potras.

-Si tú lo dices...

-Va a traerlos él mismo. Tengo ganas de verlo, es como un padre para mí.

-Bueno, nos arruinaremos contigo.

-Nada de eso. Los blancos dan mucho y lo sabes. Y me los dejará a buen precio, aunque le pague el traslado desde allí.

-Eso sí. Eres una buena negocianta.

-Vamos dentro anda. No cuentas conmigo.

-¿Cuando vas a comprar tampoco lo haces tú. Es un caprichito solo ponme mimosa para mi Carlos.

-¿Cuál?

-El peque.

-Ya no existo.

Y ella se reía besándolo.

CAPÍTULO VIII

A la semana siguiente Lucas apareció en su rancho con camiones cargados de caballos blancos y los chicos se hicieron cargo de ellos. Liam les dijo que comieran en el pabellón y tomaran café por orden de la jefa Isabel y Lucas fue a la casa grande y le dio un gran abrazo a Isabel.

-Mi niña, ¡qué guapa estás mujer! Estás tan distinta...preciosa de ojos iluminados y mírate vas a ser mamá.

-Sí, dijo ella emocionada.

-Vamos, vamos, no te pongas a llorar que tienes a un bebé dentro. Has pasado ya todo. tienes un rancho precioso y un marido que no veas cómo está el tío- y ella se reía.

-Me consiente todo. ahora cuando venga comemos. Vamos al despacho y te pago antes. Lo que sea que te conozco.

Y le pagó lo que le dijo.

-Me estás rebajando...

-Que no que vale eso y el transporte.

-Vale, confío en ti. ¿Te quedas esta noche?

-No podemos Isa, de verdad. Nos vamos en unas horas. Pararemos en un motel y directos a Montana. Pero ya te he visto cómo estás.

-Vamos a sentarnos al porche anda.

Y se sentaron allí.

-¡Qué bonito es!, voy a copiarte algo Isa, todo está convenientemente separado.

-¿Cómo te va a ti?

-Espectacular, sabes que los caballos blancos dan.

-Sí, lo sé.

-Oye, ¿qué fue de tu tía y tus primos? Menuda tropa qué altaneros.

-Pues ya no los veremos más, les di algo, por lo que me cuidaron, si puede llamarse así.

-Te dije que no le dieras un dólar.

-Me dio pena después de todo. Un sobre para cada uno de cinco.

-Eres demasiado buena. Ese dinero te hubiese hecho falta para tu bebé-

-Lo sé, pero solo es dinero.

-Lo que sea mujer.

-Ya no aparecerán más.

-Bueno siendo así, mejor para ti. Si le has dicho que el rancho no es tuyo, ya no te sacarán nada. Pero ya son grandecitos para trabajar.

-Sí, lo que no sé es cómo vendió el bufete de mi tío si dos estudiaban derecho y yo también quería.

-El dinero es muy mal consejero.

-Bueno cuéntame, Lucas, ¿cómo está el rancho?

-He comprado en estos años más caballos. Tengo el doble y claro un capataz, una señora para la casa y 10 chicos trabajando iré aumentando.

-¿No te has casado?

-Me caso.

-¿En serio?

-Sí, es una chica divorciada tiene 45 años.

-¿Con hijos?

-Sí, tiene dos chicos. Los tengo trabajando allí.

-Me alegro tanto...

-Es buena .

-No elegirías mal y te mereces lo mejor.

-Nos casamos en dos meses.

-Me alegro tanto Lucas... Mira ahí viene Carlos. María ve poniendo la mesa del comedor. Somos tres.

Y estuvieron Carlos y Lucas hablando de caballos blancos y que le había gustado lo que le llevó. Si le había pagado Isa y dijo que sí. hicieron buenas migas entre los dos, y hablaron de ella cuando fue a la cocina.

-Cuidala, ya pasó lo suyo con ese mal bicho.

-Lo sé.

-No, no lo sabes, ni te lo imaginas y yo no podía hacer nada, tenía las manos atadas. Peor no se oía. Le ponía una toalla en la boca y no podía ni gritar y yo lo sabía. Me hubiese pegado dos tiros. Tenía siempre un arma a mano. Sabía que día le había pegado, no podía la pobre ni andar. Tan pequeña y tan joven. Tan buena...

-Lo hubiese matado- dijo Carlos.

-Afortunadamente lo mató su caballo. Ya viene.

-¿De qué habláis?- dijo Isa.

-De lo mucho que te gustan los caballos blancos.

-¿Son bonitos los que has traído?

-Preciosos.

-Mañana voy a verlos.

-Están todos vacunados.

-Vamos al porche y allí tomamos el café. ¿ De verdad no quieres quedarte un día o dos Lucas?

-No, me espera mi Marga.

-¡Ah, bueno! Entonces no te entretengo.

-Ahora cuando los chicos descansen y tomen café, nos vamos.

Y estuvieron una hora más departiendo en el porche hasta que vio venir los camiones y se despidió de Lucas con un abrazo y lágrimas en los ojos.

-Vamos cariño, te emocionas por nada.

-Si, pero al menos lo he visto. Se va a casar en dos meses y tiene el doble de caballos y chicos.

-Me alegro por él. Entremos, necesitas descansar un poco.

-Sí, voy a echarme en el sofá de la sala, que está más fresco y cerrado.

-Te acompaño un rato. María ya se va. Cerramos.

-Eso me suena a peligro.

-Un peligro peligroso y mortal.

-¡Cómo eres, mi amor!- Y la iba agarrando por la cintura y la barriga sujetando a su niño.

Y pasó otro año y en febrero nació su primer hijo Carlos. Un niño precioso, ojito de su padre.

La vida pasaba y a los dos años, tuvo otro hijo varón, Izan.

Y dos años después las gemelas Paz y Emma.

-Niño, ya no más cielo.

-No cariño- le decía, son preciosas y menos mal que tenemos a Lily para cuidar a tantos.

-No puede sola. Cuando me recupere seremos dos y María.

-Nena la casa está llena.

-Sí, a las chicas las meteremos en un dormitorio juntas.

-Dios ¡qué viejo soy ahora! Tengo ya casi 44 años cielo.

-Y yo 34 ¿y qué?...

El abuelo vio a las gemelas y supo que ya no tendría más biznietos. Carlos se hizo una vasectomía y se quejaba. Ella se reía.

-Pero hombre de dios, si es un par de días reposando.

-Me han quitado mi hombría.

-Ya, me lo dirás ahora que tenemos que hacerlo mucho más.

-Sí, eso ha dicho el médico. Algo bueno debía tener esto.

-Comprobaremos tu hombría.

-Ay nena, el rancho...

-El rancho lo lleva bien dos días Liam. Y no seas quejica. Que tengo por aquí a los chicos y las niñas las tiene Lily.

-Tienes mucha paciencia mi amor.

-No me queda de otra. Querías hijos y tenemos cuatro.

-Pero son tan bonitos... Cuando crezcan un poco, les compraré ponis a todos cuando vaya a comprar caballos.

-Espera que crezcan.

-¿Eres feliz?

-Mucho, y ya mismo empiezo el gym o me quedaré así de gorda.

-Estás para comerte. Lástima que no pueda.

-Ve la tele aquí tranquilo, nadie te va a molestar.

-Dame un besito.

-Sí, que estos se escapan.

Cuando las gemelas cumplieron dos años, murió el abuelo Izan. Él, Carlos, su nieto, fue a Miami, lo quemaron y solucionaron el tema del testamento y él se llevó su parte, con gran dolor. Lo quería a su abuelo y sabía que quería enterrarse en el rancho con la abuela en el pequeño cementerio de abajo.

Así que se llevó la urna y cuando llegó al rancho le hizo un responso el cura y él lo enterró junto con la abuela, los chicos pusieron ya vallas blancas y dos lápidas que encargó con fotos y sus nombres.

Isa le llevaba todos los domingos flores y arreglaba la tumba. Lo sintieron mucho, pero la vida seguía.

Y los chicos crecieron y ellos cumplían años. Carlos cumplió diez, Izan ocho y las gemelas seis. Ya todos iban al colegio. Tuvieron que comprar un coche con más plazas y sillitas para los chicos y Lily los llevaba al colegio y podían respirar un poco en el rancho. Y el sexo también volvió a la normalidad, según Carlos- y ella se reía.

Tenía unos chicos guapo y preciosos. Todos rubios como sus padre de ojos azules, menos las chicas, que los tenían verdes. Su padre les había comprado ponis y en cuanto terminaran el colegio les iba a ir comprando habitaciones nuevas para el instituto.

A su padre lo querían como locos. Se iban los seis los domingos a montar un rato y por la tarde a merendar a san Antonio al parque.

Y cuando iban de compras había que tomarse la hamburguesa e ir al cine.

María le decía que tenía unos hijos preciosos.

La casa estaba llena y la piscina también en verano. Se volvían locos, Carlos los enseñó a nadar, pero iban con manguitos.

Y ese verano iban a Orlando a Disney y estaba locos de contentos. No se ponían de acuerdo en las habitaciones hasta que llegaron a un consenso porque debían dormir todos juntos y pasar a ver a los abuelos a Florida. Y pasar también unos días en la playa.

CAPÍTULO IX

Seguía pasando el tiempo plácidamente, viviendo momentos de toda clase, bellos y otros tenían sus más y sus menos, pero ellos se amaban, aunque Carlos no llevaba bien la diferencia de años entre ellos, y a Isa le parecía tonto, porque seguía estando bueno.

Murieron sus padres con diferencia de dos años, cuando Carlos iba a entrar en la universidad. A hacer derecho. Y también tuvo que ir Carlos y traerlos al rancho, a ese pequeño cementerio y a vender la casa y arreglar todos los documentos del testamento. Fue una pena.

Izan, quiso hacer veterinaria. Le encantaba ir con el veterinario cuando venía a poner vacunas y demás. Era más atrevido y no tenía miedo a nada. Carlos, era más tranquilo.

A las chicas, les encantaba el periodismo y eso hicieron.

Cuando todos acabaron, ya Carlos trabajaba con ellos en el despacho e Izan se hacía cargo de los caballos.

Habían renovado la casa y el rancho y María y Liam se habían jubilado, con gran pesar para Isa que perdía lo más parecido a una madre.

Isa cumplió 50 años y Carlos 60 y estaban muy bien, pero, sus hijas se iban a trabajar a San Antonio a un periódico en el que habían sido contratadas, un noticiero y en la televisión también.

Y ya era hora de reunirse en la mesa. Y hablar con ellos. Porque Carlos ya tenía casi 25 años y ellos sabían que sus hijos querían ser independientes.

Así, que les ofrecieron a los chicos hacerles una casa en el rancho, frente a las suyas, al pasar la explanada con tres dormitorios y un altillo, parecida a la suya. Amueblada entera de todo.

-Mamá, eso es mucho dinero.

-Lo sabemos, pero papá y yo hemos pensado jubilarnos.

-¿En serio?

-Sí, tú ya sabes llevar el rancho, contratas a una chica para la casa. Tu hermano otra o la misma, eso ya depende de vosotros. Tendréis un coche también y un millón de dólares. A ti Carlos, te dejaremos en la cuenta del rancho dos más para que lleves el rancho y hagas los pagos y nóminas y lo que se tenga de ganancias se va a dividir a final de año en cinco partes y una para cada uno y otra para nosotros. Siempre que dejes los dos millones para el año.

-Pero ¿qué vais a hacer?

-Viajar y estar en el rancho tranquilos, leer, nadar, papá, seguro y yo os echaremos una mano, pero quiero ver Nueva York, las Cataratas, y ciudades que no hemos visto. Ahora que somos jóvenes. Necesitamos un descanso.

-¿Y nosotras mamá?- dijo Paz.

-Tu padre y yo hemos pensado igual, el mismo dinero, las ganancias, un coche y un apartamento donde queráis, me gustaría que estuviese en el mismo edificio.

-Claro.

-Pues tenéis todos un presupuesto para casa y decoración. Si sobra es vuestro y si no, lo pagáis del millón.

Y un año más tarde, cada uno convivía en su casa. Las chicas encontraron apartamentos maravillosos en el centro, porque sus padres fueron demasiado generosos, y ellos en las casas frente a la explanada. No rompían el entorno del paisaje del rancho.

Y fue cuando ellos decidieron ir a Nueva York, pero primero vieron las cataratas unos días en las que isa quedó maravillada.

Así disfrutaban de la comida, de viajar, de descansar, de sexo, tranquilo, de otra manera.

-Nena...

-¿Cómo estarán los niños?

-No son niños Carlos, déjalos, no te acostumbras a irte. Desapégate del ancho que Carlos es como tú, muy eficiente. Quiero volver a España,

-¿Quieres que vayamos?

-Sí y de nuevo a París y Grecia.

-Menos mal que hay dinero.

-Claro que hay, por eso vamos donde vamos.

-Pero pasamos primero por el rancho.

-Como quieras.

-Nos vamos desde Houston.

-Sí, si no pasas no vives y eso que los parí yo.

-Mujer que los quiero.

-Más que a mí, seguro.

-No digas eso. Te amo por encima de todo.

-Yo a ti también mi amor. Eres el mejor padre que he conocido.

-¿Nos vamos mañana?

-No, pasado que quiero llevarles unos regalos.

-Bueno está bien.

Y después de dos semanas en Nueva York y ver todo, volvieron al rancho.

Allí estuvieron un mes descansando, paseando, en la piscina, pues era pleno verano, en el mes de junio y él iba a ver los caballos blancos de los que tenía casi la mitad. Le encantaba, Isa hizo que amase a los caballos blancos.

-Nena si quieres ir a España, vamos antes de Acción de Gracias.

-Sabes que siempre lo pasamos juntos.

-Vamos a verlos, a mis padres, luego a París y a Grecia tan bonita.

-Voy a sacar los pasajes.

Y así, transcurrían sus vidas apacibles y pasaron unos años más.

Sus hijos, Izan y Carlos fueron un año de vacaciones a España a ver las tumbas de sus abuelos y el lugar del que tanto amaba su madre y del que habían oído hablar.

Visitaron Málaga y Sevilla, las playas de Cádiz, pero el tiempo que estuvieron en Sevilla, conocieron en una terraza, que había en lo alto del hotel donde se hospedaban y que habían hecho un bar de copas, precioso, desde dónde se contemplaba de noche la Giralda, la Catedral, la Torre del Oro y el río, a unas chicas.

Estaba sentadas solas tomando una copa y ellos se miraron y se acercaron. Eran hermanas, mellizas. Se parecían. Rocío y Triana. Y estuvieron hablando con ellas.

Sabían castellano porque su madre nunca quiso olvidar el idioma y con ella hablaban en castellano, hasta el padre. Aunque su idioma más hablado fuese evidentemente el inglés.

Carlos se quedó prendado de esa mujer, Rocío, bajita parecida a su madre graciosa y risueña, divertida y a Izan, le pasó igual con Triana.

Y esas dos semanas que decidieron quedarse en Sevilla, salieron casa día. Ellas estaban de vacaciones. Eran la de Izan veterinaria. Y por eso se llevaban tan bien. Y económicas Rocío, la de Carlos.

Se enamoraron de esas sevillanas y querían llevárselas al rancho. Se lo enseñaron y se acostaron con ellas y estaban juntos las 24 horas, fueron a la playa en Huelva, al Rocío. Y cuando se fueron a Málaga, ellas los acompañaron y se quedaron dos días en Málaga.

Pero esa relación a distancia a pesar de todo, fue aumentando y tan tercicos como sus padres se las llevaron al rancho. Vivieron con ellas un año y se casaron con toda la familia española que fue a la boda.

Isabel, no podía estar más contenta. Emocionada. Y lloraba porque eran andaluzas las tres. Carlos, el padre se reía con ella. porque la veía en su plenitud, vivía todo intensamente y él siempre tenía eso de que era mayor que ella. Vivió así siempre. Ya no temía que lo dejara. Tenían ya una edad.

Isabel cumplió 55 cuando Carlos se casó y Carlos padre 65. Y al año siguiente lo hizo Izan.

Las chicas sin embargo vivían su vida en san Antonio en la televisión local y el periódico

Se enamoraron de dos chicos de San Antonio y años más tarde, también se casaron.

CAPÍTULO X

Ellos, habían dejado de viajar tanto, pues iban a sitios más cercanos . No por Isa que tenía más de 60, sino por Carlos. Ella se preocupaba por él, aunque seguía haciendo su ejercicio y andaban por el rancho, iban a comer a san Antonio y disfrutaban de los cinco nietos que sus hijos les dieron.

Les ayudaron cuando estaban pequeños. Era la vitamina que les dio la vida. El colágeno rejuvenecedor.

A Carlos, que le encantaban los niños y que ya iba camino de los ochenta, se sentía pleno. Cuando se sentaban de noche en el porche en el jardín, se daban la mano y se acordaban de todo cuánto habían pasado en la vida.

-Todo bueno nena, menos esos años que tuviste, todo en la vida ha sido bueno, Dios nos ha bendecido con hijos y nietos maravillosos. Y a mí, con una mujer estupenda.

-¿Me quieres aún?- le decía ella.

-Con toda mi alma, siempre has sido mía y no ha habido nadie en el mundo más que tus ojos para mí.

Isabel sonrió y cerró los ojos.

-Estás guapa hasta cuando cierras los ojos.

Pero Isabel dejó su mano caer lánguidamente, con esa sonrisa que siempre le hacía sentir el amor de su vida.

-Isabel. La llamó él, Isabel, vamos despierta. Cielo no hagas eso que me asustas. Y llamó a sus hijos y nueras que estuvieron en un segundo en casa y su hijo Carlos llamó a una ambulancia, que solo pudo certificar su muerte a los 74 años de edad.

Según le dijeron de un derrame cerebral. No se dio cuenta. Fue una muerte dulce de la mano de Carlos. Que estaba enfadado con el mundo, desolado, sin ella, ¿qué iba a hacer sin ella?

Solo decía eso.

-¿Qué voy a hacer sin ella?

-¿Qué voy a hacer sin ella?

-Vamos papá, déjala. Tienen que llevársela a hacerle una autopsia, las hermanas van al hospital directamente.

Fue un entierro trágico para Carlos. Nunca había llorado tanto en su vida. Nunca sintió tanta soledad en su cuerpo, pero al fin pensó que mejor que se hubiese ido ella primero para no sentir ese dolor que él sentía. Ella ya había sufrido bastante. Y se fue diciéndole que la quería, de la mano. Como siempre.

Pero su dolor no lo consolaba.

Sus hijos estaban derrotados. La madre era la matriarca del clan, de todos, se acordaba de todas las fechas de cumpleaños de sus hijos y nietos, de la hora en que nacieron y el día. Sin necesidad de apuntarlos. Era una todoterreno. Les hacía falta a todos y todos la echaron de menos y él la enterró en el cementerio con una bonita foto de cuando se casaron.

Carlos no quiso irse con sus hijos. Quiso dormir en la cama que habían compartido, ni quería que nadie tocara sus cosas, ni su perfume. Y ellos respetaron eso.

Por las noches la olía en silencio, en casa camisa o blusa o camisón. En cada gota de su perfume que se ponía en la mano y se la llevaba a la boca. En la foto que se llevaba al pecho toda la noche y le hablaba, y le contaba cómo había ido el día.

Incluso había días que sentía que le acariciaba el pecho mientras dormía y se despertaba.

-Pensaba irme antes que tú, mi cielo y me has dejado tan pronto... quiero irme contigo.

Pero dios no lo dejó irse.

Cuando Carlos murió tenía 90 años. Le sobrevivió seis años casi. A él se le hacían interminables por muchos nietos que lo visitaran, ya no fue lo mismo, nunca fue lo mismo, quería estar solo y sus hijos lo sabían, pero en las fiestas era obligado a ir, le decían que su madre quería a todos juntos. Y no consentían que las pasara solo.

Murió de noche, como ella y no despertó por la mañana.

En el testamento dejaron el rancho a sus dos hijos, el dinero a todos, por igual y de las ganancias para compensar durante veinte años debían darles a sus hermanas el doble que ellos. Dividir en seis partes, dos para cada una y una para ellos. La casa grande para que sus hijas visitaran el rancho.

Era de todos, para celebraciones y después para sus nietos, los que se quedaran en el rancho. Intentaron ser justos.

-Y si no, dijo Isa cuando hicieron el testamento... es lo que queremos nosotros. Es nuestro.

Pero sus hijos estuvieron de acuerdo todos.

Nunca faltaron flores frescas en las tumbas de sus padres.

Fue una historia de amor preciosa, no como la que vivió Isabel dos años en el RANCHO DE HIELO.

Este era un rancho de amor para la eternidad. También con caballos blancos, lo único bello de sus tiempos malos y la belleza de sus buenos tiempos con Carlos, el amor de su vida...

